**ROMANTICISMO**

[**El Infinito, de Giacomo Leopardi**](http://sanchezsottosanto.over-blog.es/article-32510070.html)

Siempre caro me fue este peñón yermo,  
Y este muro, que de tanta parte   
Del último horizonte al ojo excluye.  
Mas sentado y mirando, interminables  
Espacios del allá, y sobrehumanos  
Silencios, y calma profundísima,  
Mi pensar se ensimisma, hasta el punto  
Del alma sin temor; y como al viento  
Que brama entre los árboles, a éste  
Infinito silencio comparando  
Con sus voces voy: y en mí acaece   
Lo eterno, y los muertos ciclos, y el vivo  
Y presente y su son. Así, traspuesta  
La inmensidad se anega el pensamiento:  
Y el naufragar me es dulce en este océano.

**ESPRONCEDA CANCIÓN DEL PIRATA**

|  |  |
| --- | --- |
| Con diez cañones por banda, viento en popa, a toda vela, no corta el mar, sino vuela un velero bergantín. Bajel pirata que llaman, por su bravura, *El Temido*, en todo mar conocido del uno al otro confín.  La luna en el mar riela en la lona gime el viento, y alza en blando movimiento olas de plata y azul; y va el capitán pirata, cantando alegre en la popa, Asia a un lado, al otro Europa, y allá a su frente Istambul:  Navega, velero mío sin temor, que ni enemigo navío ni tormenta, ni bonanza tu rumbo a torcer alcanza, ni a sujetar tu valor.  Veinte presas hemos hecho a despecho del inglés y han rendido sus pendones cien naciones a mis pies.  *Que es mi barco mi tesoro, que es mi dios la libertad, mi ley, la fuerza y el viento, mi única patria, la mar.*  Allá; muevan feroz guerra ciegos reyes por un palmo más de tierra; que yo aquí; tengo por mío cuanto abarca el mar bravío, a quien nadie impuso leyes.  Y no hay playa, sea cualquiera, ni bandera de esplendor, que no sienta mi derecho y dé pechos mi valor.  *Que es mi barco mi tesoro, que es mi dios la libertad, mi ley, la fuerza y el viento, mi única patria, la mar.*  A la voz de "¡barco viene!" es de ver cómo vira y se previene a todo trapo a escapar; que yo soy el rey del mar, y mi furia es de temer.  En las presas yo divido lo cogido por igual; sólo quiero por riqueza la belleza sin rival. | *Que es mi barco mi tesoro, que es mi dios la libertad, mi ley, la fuerza y el viento, mi única patria, la mar.*  ¡Sentenciado estoy a muerte! Yo me río no me abandone la suerte, y al mismo que me condena, colgaré de alguna antena, quizá; en su propio navío Y si caigo, ¿qué es la vida? Por perdida ya la di, cuando el yugo del esclavo, como un bravo, sacudí.  *Que es mi barco mi tesoro, que es mi dios la libertad, mi ley, la fuerza y el viento, mi única patria, la mar.*  Son mi música mejor aquilones, el estrépito y temblor de los cables sacudidos, del negro mar los bramidos y el rugir de mis cañones.  Y del trueno al son violento, y del viento al rebramar, yo me duermo sosegado, arrullado por el mar.  *Que es mi barco mi tesoro, que es mi dios la libertad, mi ley, la fuerza y el viento, mi única patria, la mar.* |

**BÉCQUER RIMAS**

**RIMA LXVIII**

No sé lo que he soñado   
en la noche pasada.   
Triste, muy triste debió ser el sueño,   
pues despierto la angustia me duraba.

Noté al incorporarme   
húmeda la almohada,   
y por primera vez sentí al notarlo,   
de un amargo placer henchirse el alma.

Triste cosa es el sueño   
que llanto nos arranca,   
mas tengo en mi tristeza una alegría...   
¡Sé que aún me quedan lágrimas!

|  |
| --- |
| autógrafo  Gustavo Adolfo Bécquer |

**RIMA LXIX**

|  |
| --- |
| ¡La vida es sueño!  Calderón. |

Al brillar un relámpago nacemos,   
y aún dura su fulgor cuando morimos;   
¡tan corto es el vivir!

La Gloria y el Amor tras que corremos   
sombras de un sueño son que perseguimos;   
¡despertar es morir!

|  |
| --- |
| autógrafo  Gustavo Adolfo Bécquer |

LARRA UN REO DE MUERTE

Llegada la hora fatal entonan todos los presos de la cárcel, compañeros de destino del sentenciado, y sus sucesores acaso, una salve en un compás monótono, y que contrasta singularmente con las jácaras y coplas populares, inmorales e irreligiosas, que momentos antes componían, juntamente con las preces de la religión, el ruido de los patios y calabozos del espantoso edificio. El que hoy canta esa salve se la oirá cantar mañana.

Enseguida, la cofradía vulgarmente dicha de la Paz y Caridad recibe al reo, que, vestido de una túnica y un bonete amarillos, es trasladado atado de pies y manos sobre un animal, que sin duda por ser el más útil y paciente, es el más despreciado, y la marcha fúnebre comienza.

Un pueblo entero obstruye ya las calles del tránsito. Las ventanas y balcones están coronados de espectadores sin fin, que se pisan, se apiñan, y se agrupan para devorar con la vista el último dolor del hombre.

–¿Qué espera esta multitud? –diría un extranjero que desconociese las costumbres–. ¿Es un rey el que va a pasar; ese ser coronado, que es todo un espectáculo para un pueblo? ¿Es un día solemne? ¿Es una pública festividad? ¿Qué hacen ociosos esos artesanos? ¿Qué curiosea esta nación?

Nada de eso. Ese pueblo de hombres va a ver morir a un hombre.

–¿Dónde va?

–¿Quién es?

–¡Pobrecillo!

–Merecido lo tiene.

–¡Ay!, si va muerto ya

–¿Va sereno?

–¡Qué entero va!

He aquí las preguntas y expresiones que se oyen resonar en derredor. Numerosos piquetes de infantería y caballería esperan en torno del patíbulo. He notado que en semejante acto siempre hay alguna corrida; el terror que la situación del momento imprime en los ánimos causa la mitad del desorden; la otra mitad es obra de la tropa que va a poner orden. ¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumentos de muerte! Esto no hace por cierto el elogio de la sociedad ni del hombre.

No sé por qué al llegar siempre a la plazuela de la Cebada mis ideas toman una tintura singular de melancolía, de indignación y de desprecio. No quiero entrar en la cuestión tan debatida del derecho que puede tener la sociedad de mutilarse a sí propia; siempre resultaría ser el derecho de la fuerza, y mientras no haya otro mejor en el mundo, ¿qué loco se atrevería a rebatir ése? Pienso sólo en la sangre inocente que ha manchado la plazuela; en la que la manchará todavía. ¡Un ser que como el hombre no puede vivir sin matar, tiene la osadía, la incomprensible vanidad de presumirse perfecto!

Un tablado se levanta en un lado de la plazuela: la tablazón desnuda manifiesta que el reo no es noble. ¿Qué quiere decir un reo noble? ¿Qué quiere decir garrote vil? Quiere decir indudablemente que no hay idea positiva ni sublime que el hombre no impregne de ridiculeces.

Mientras estas reflexiones han vagado por mi imaginación, el reo ha llegado al patíbulo; en el día no son ya tres palos de que pende la vida del hombre; es un palo sólo; esta diferencia esencial de la horca al garrote me recordaba la fábula de los Carneros de Casti, a quienes su amo proponía, no si debían morir, sino si debían morir cocidos o asados. Sonreíame todavía de este pequeño recuerdo, cuando las cabezas de todos, vueltas al lugar de la escena, me pusieron delante que había llegado el momento de la catástrofe; el que sólo había robado acaso a la sociedad, iba a ser muerto por ella; la sociedad también da ciento por uno: si había hecho mal matando a otro, la sociedad iba a hacer bien matándole a él. Un mal se iba a remediar con dos. El reo se sentó por fin. ¡Horrible asiento! Miré el reloj: las doce y diez minutos; el hombre vivía aún... De allí a un momento una lúgubre campanada de San Millán, semejante el estruendo de las puertas de la eternidad que se abrían, resonó por la plazuela; el hombre no existía ya; todavía no eran las doce y once minutos. «La sociedad –exclamé– estará ya satisfecha: ya ha muerto un hombre.»

*Revista Mensajero*, n.º 30, 30 de marzo de 1835. Firmado: Fígaro.

**REALISMO - NATURALISMO**

La puerta se abrió formando una estrecha rendija, co-

mo la otra vez, y de nuevo dos ojos inquisidores y des-

confiados se clavaron en él desde la oscuridad. ...

–Perdone, AlionaIvanova..., soy un conocido suyo...,

Raskolnikov... Le traigo una prenda que le prometí

hace unos días... –y le tendió el objeto que llevaba

preparado.

La vieja echó un vistazo al paquetito, pero ensegui-

da volvió a clavar la mirada en los ojos del inespera-

do visitante. Le miraba atentamente, con rencor y des-

confianza. Transcurrió cosa de un minuto. Raskolnikov

creyó distinguir en los ojos de la vieja una expresión

sarcástica, como si lo hubiera adivinado todo. Tenía

la sensación de que perdía la serenidad, de que el

miedo se apoderaba de él, un miedo horrible, hasta

el punto de que si la vieja continuaba mirándole de

aquel modo, sin decir una palabra, un minuto más,

huiría de allí corriendo.

–Pero ¿por qué me mira de ese modo, como si no me

hubiese reconocido? –exclamó él de pronto, también

con rencor–. Si lo quiere, tómelo; si no, lo llevaré a

otro sitio. No tengo tiempo que perder.

... La vieja tomó la prenda.

–¿Qué es esto? –preguntó, sopesándola con la mano

y mirando otra vez fijamente a Raskolnikov.

–Este objeto es... una pitillera... de plata... mírela.

–No parece de plata. ¡Vaya modo de atarla!

Para desatar el cordoncito, se volvió hacia una venta-

na, hacia la luz (tenía todas las ventanas cerradas, a

pesar del calor asfixiante), y por unos segundos se

apartó de él, dándole la espalda. Raskolnikov se de-

sabrochó el abrigo y descolgó el hacha del lazo, pe-

ro no la sacó del todo; la sostenía con la mano dere-

cha debajo del abrigo.

Tenía las manos enormemente débiles; se daba cuen-

ta de que a cada momento se le entorpecían y se le

agarrotaban más y más, temía que se le escapara el

hacha y se le cayera al suelo... De pronto le pareció

que el vértigo se apoderaba de él.

–¡Vaya lío que ha armado con esto! –exclamó la vieja,

malhumorada, e hizo un movimiento como para di-

rigirse hacia él.

No podía perder ni un solo instante más. Acabó de sa-

car el hacha, la levantó con ambas manos sin apenas

darse cuenta de lo que hacía, y casi sin esforzarse, co-

mo quien dice maquinalmente, la dejó caer de lomo

sobre la cabeza. Parecía que se había quedado sin fuer-

zas, mas no bien hubo dado un golpe, las recobró. ...

AlionaIvanova lanzó un grito, pero muy débil, y se des-

plomó; quedó sentada en el suelo, y aún tuvo tiem-

po de llevarse las manos a la cabeza. Con una de ellas

continuaba sosteniendo la «prenda». Entonces él le

asestó varios golpes con toda su fuerza, todos con el

lomo del hacha y en el cráneo. Brotó la sangre como

de un vaso tumbado y el cuerpo cayó de espaldas.

Raskolnikov retrocedió un paso, dejó que cayera y

se inclinó inmediatamente sobre la cara de la ancia-

na: estaba muerta; tenía los ojos muy abiertos, como

si quisieran saltarle de las órbitas, la frente y la cara

contraídas y desfiguradas por las convulsiones.

**F. M. Dostoyevski: Crimen y castigo**

Se consideraba Fortunata en aquel caso como ciego mecanismo que recibe impulso de sobrenatural mano. Lo que había hecho, hacíalo, a juicio suyo, por disposición de las misteriosas energías que ordenan las cosas más grandes del universo, la salida del Sol y la caída de los cuerpos graves. Y ni podía dejar de hacerlo, ni discutía lo inevitable, ni intentaba atenuar su responsabilidad, porque esta no la veía muy clara, y aunque la viese, era persona tan firme en su dirección, que no se detenía ante ninguna consecuencia, y se *conformaba*, tal era su idea, *con ir al infierno*.

«Esto de alquilar la casa próxima a la tuya—dijo Santa Cruz—, es una calaverada que no puede disculparse sino por la demencia en que yo estaba, niña mía, y por mi furor de verte y hablarte. Cuando supe que habías venido a Madrid, ¡me entró un delirio...! Yo tenía contigo una deuda del corazón, y el cariño que te debía me pesaba en la conciencia. Me volví loco, te busqué como se busca lo que más queremos en el mundo. No te encontré; a la vuelta de una esquina me acechaba una pulmonía para darme el estacazo... caí».

— ¡Pobrecito mío!... Lo supe, sí. También supe que me buscaste. ¡Dios te lo pague! Si lo hubiera sabido antes, me habrías encontrado.

Esparció sus miradas por la sala; pero la relativa elegancia con que estaba puesta no la afectó. En miserable bodegón, en un sótano lleno de telarañas, en cualquier lugar subterráneo y fétido habría estado contenta con tal de tener al lado a quien entonces tenía. No se hartaba de mirarle.

⎯ « ¡Qué guapo estás!».

— ¿Pues y tú? ¡Estás preciosísima!... Estás ahora mucho mejor que antes.

— ¡Ah!, no—repuso ella con cierta coquetería—. ¿Lo dices porque me he civilizado algo? ¡Quiá!, no lo creas: yo no me civilizo, ni quiero; soy siempre pueblo; quiero ser como antes, como cuando tú me echaste el lazo y me cogiste.

— ¡Pueblo!, eso es—observó Juan con un poquito de pedantería—; en otros términos: lo esencial de la humanidad, la materia prima, porque cuando la civilización deja perder los grandes sentimientos, las ideas matrices, hay que ir a buscarlos al bloque, a la cantera del pueblo.

Fortunata no entendía bien los conceptos; pero alguna idea vaga tenía de aquello.

«Me parece mentira—dijo él—, que te tengo aquí, cogida otra vez con lazo, fierecita mía, y que puedo pedirte perdón por todo el mal que te he hecho...».

—Quita allá... ¡perdón!—exclamó la joven anegándose en su propia generosidad—. Si me quieres, ¿qué importa lo pasado?

En el mismo instante alzó la frente, y con satánica convicción, que tenía cierta hermosura por ser convicción y por ser satánica, se dejó decir estas arrogantes palabras:

«Mi marido eres tú... todo lo demás... ¡papas!».

Elástica era la conciencia de Santa Cruz, mas no tanto que no sintiera cierto terror al oír expresión tan atrevida. Por corresponder, iba él a decir *mi mujer eres tú*; pero envainó su mentira, como el hombre prudente que reserva para los casos graves el uso de las armas.

**FORTUNATA Y JACINTA GALDÓS**

Echó a correr monte arriba. «¡Pero ese hombre está loco!», pensaba Quintanar, que le seguía jadeante, con un palmo de lengua colgando y a veinte pasos otra vez.

El Magistral procuraba orientarse, recordar por dónde había bajado pocas horas antes de la casa del leñador. Se perdía, confundía las señales, iba y venía... y don Víctor detrás, librándose de las arañas como de leones, de sus hilos como de cadenas.

«Lo mejor es subir por la máxima pendiente, ello está hacia lo más alto... pero arriba hay meseta, vaya usted a buscar...».

Se detuvo. Como si nada hubiera dicho don Víctor, con cara amable y voz dulce y suplicante advirtió:

—Señor Quintanar, si queremos dar con ellos tenemos que separarnos; hágame usted el favor de subir por ahí, por la derecha....

Don Víctor se negó, pero el Magistral insistiendo, y con alusiones embozadas al miedo positivo de su compañero, logró picar otra vez su amor propio y le obligó a torcer por la derecha.

Entonces, en cuanto se vio solo, De Pas subió corriendo cuanto podía, tropezando con troncos y zarzas, ramas caídas y ramas pendientes.... Iba ciego; le daba el corazón, que reventaba de celos, de cólera, que iba a sorprender a don Álvaro y a la Regenta en coloquio amoroso cuando menos. «¿Por qué? ¿No era lo probable que estuvieran con ellos Paco, Joaquín, Visita, Obdulia y los demás que habían subido al bosque?». No, no, gritaba el presentimiento. Y razonaba diciendo: don Álvaro sabe mucho de estas aventuras, ya habrá él aprovechado la ocasión, ya se habrá dado trazas para quedarse a solas con ella. Paco y Joaquín no habrán puesto obstáculos, habrán procurado lo mismo para quedarse con Obdulia y Edelmira respectivamente. Visitación los habrá ayudado. Bermúdez es un idiota... de fijo están solos. Y vuelta a correr cuanto podía, tropezando sin cesar, arrastrando con dificultad el balandrán empapado que pesaba arrobas, la sotana desgarrada a trechos y cubierta de lodo y telarañas mojadas. También él llevaba la boca y los ojos envueltos en hilos pegajosos, tenues, entremetidos.

Llegó a lo más alto, a lo más espeso. Los truenos, todavía formidables, retumbaban ya más lejos. Se había equivocado, no estaba hacia aquel lado la cabaña. Siguió hacia la derecha, separando con dificultad las espinas de cien plantas ariscas, que le cerraban el paso. Al fin vio entre las ramas la caseta rústica.... Alguien se movía dentro.... Corrió como un loco, sin saber lo que iba a hacer si encontraba allí lo que esperaba..., dispuesto a matar si era preciso... ciego....

—¡Jinojo! que me ha dado usted un susto...—gritó don Víctor, que descansaba allí dentro, sobre un banco rústico, mientras retorcía con fuerza el sombrero flexible que chorreaba una catarata de agua clara.

—¡No están!—dijo el Magistral sin pensar en la sospecha que podían despertar su aspecto, su conducta, su voz trémula, todo lo que delataba a voces su pasión, sus celos, su indignación de marido ultrajado, absurda en él.

**LA REGENTA CLARÍN**

**MODERNISMO**

|  |
| --- |
| **El rey burgués Cuento alegre Rubén Darío** |
| |  | | --- | | ¡Amigo! El cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Un cuento alegre... así como para distraer las brumosas y grises melancolías, helo aquí:  Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras, caballos de largas crines, armas flamantísimas, galgos rápidos, y monteros con cuernos de bronce que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No, amigo mío: era el Rey Burgués.  Era muy aficionado a las artes el soberano, y favorecía con gran largueza a sus músicos, a sus hacedores de ditirambos, pintores, escultores, boticarios, barberos y maestros de esgrima.  Cuando iba a la floresta, junto al corzo o jabalí herido y sangriento, hacía improvisar a sus profesores de retórica, canciones alusivas; los criados llenaban las copas del vino de oro que hierve, y las mujeres batían palmas con movimientos rítmicos y gallardos. Era un rey sol, en su Babilonia llena de músicas, de carcajadas y de ruido de festín. Cuando se hastiaba de la ciudad bullente, iba de caza atronando el bosque con sus tropeles; y hacía salir de sus nidos a las aves asustadas, y el vocerío repercutía en lo más escondido de las cavernas. Los perros de patas elásticas iban rompiendo la maleza en la carrera, y los cazadores inclinados sobre el pescuezo de los caballos, hacían ondear los mantos purpúreos y llevaban las caras encendidas y las cabelleras al viento.  El rey tenía un palacio soberbio donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravillosos. Llegaba a él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos, antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmaragdina, que tenía a los lados leones de mármol como los de los tronos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes, tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino; y cerca de ella iba a ensanchar su espíritu, leyendo novelas de M. Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillescas. Eso sí: defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; ¡alma sublime amante de la lija y de la ortografía!  ¡Japonerías!¡Chinerías! Por moda y nada más. Bien podía darse el placer de un salón digno del gusto de un Goncourt y de los millones de un Creso: quimeras de bronce con las fauces abiertas y las colas enroscadas, en grupos fantásticos y maravillosos; lacas de Kioto con incrustaciones de hojas y ramas de una flora monstruosa, y animales de una fauna desconocida; mariposas de raros abanicos junto a las paredes; peces y gallos de colores; máscaras de gestos infernales y con ojos como si fuesen vivos; partesanas de hojas antiquísimas y empuñaduras con dragones devorando flores de loto; y en conchas de huevo, túnicas de seda amarilla, como tejidas con hilos de araña, sembradas de garzas rojas y de verdes matas de arroz; y tibores, porcelanas de muchos siglos, de aquellas en que hay guerreros tártaros con una piel que les cubre hasta los riñones, y que llevan arcos estirados y manojos de flechas.  Por lo demás, había el salón griego, lleno de mármoles: diosas, musas, ninfas y sátiros; el salón de los tiempos galantes, con cuadros del gran Watteau y de Chardin; dos, tres, cuatro, ¿cuántos salones?  Y Mecenas se paseaba por todos, con la cara inundada de cierta majestad, el vientre feliz y la corona en la cabeza, como un rey de naipe.  Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.  -¿Qué es eso? -preguntó.  -Señor, es un poeta.  El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones, censotes en la pajarera: un poeta era algo nuevo y extraño.  -Dejadle aquí.  Y el poeta:  -Señor, no he comido.  Y el rey:  -Habla y comerás.  Comenzó:  -Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán; he nacido en el tiempo de la aurora; busco la raza escogida que debe esperar con el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfumes, la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles, contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión, o mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido: mi harapo es de púrpura. He ido a la selva, donde he quedado vigoroso y ahíto de leche fecunda y licor de nueva vida; y en la ribera del mar áspero, sacudiendo la cabeza bajo la fuerte y negra tempestad, como un ángel soberbio, o como un semidiós olímpico, he ensayado el yambo dando al olvido el madrigal.  He acariciado a la gran naturaleza, y he buscado al calor del ideal, el verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está en la perla en lo profundo del océano. ¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, todo agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.  ¡Señor, el arte no está en los fríos envoltorios de mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor! El arte no viste pantalones, ni habla en burgués, ni pone los puntos en todas las íes. Él es augusto, tiene mantos de oro o de llamas, o anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de ala como las águilas, o zarpazos como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid el Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.  ¡Oh, la Poesía!  ¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de la mujeres, y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal...  El rey interrumpió:  -Ya habéis oído. ¿Qué hacer?  Y un filósofo al uso:  -Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando os paseéis.  -Sí, -dijo el rey,- y dirigiéndose al poeta:  -Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valses, cuadrillas y galopas, como no prefiráis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas, ni de ideales. Id.  Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes, al poeta hambriento que daba vueltas al manubrio: tiririrín, tiririrín... ¡avergonzado a las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? ¡Tiririrín, tiririrín...! ¿Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres, que llegaban a beber rocío en las lilas floridas; entre el zumbido de las abejas, que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas, ¡tiririrín...! ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!  Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta de la montaña coronada de águilas, no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio, tiririrín.  Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él, el rey y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial que le mordía las carnes y le azotaba el rostro, ¡tiririrín!  Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dáctilos, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el champaña con su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse ¡tiririrín, tiririrín! tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto, tiririrín... pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal, tiririrín..., y en que el arte no vestiría pantalones sino manto de llamas, o de oro... Hasta que al día siguiente, lo hallaron el rey y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como gorrión que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.  ¡Oh, mi amigo! el cielo está opaco, el aire frío, el día triste. Flotan brumosas y grises melancolías...  Pero ¡cuánto calienta el alma una frase, un apretón de manos a tiempo! ¡Hasta la vista! | |

**GENERACIÓN DEL 98**

**“Desnuda está la tierra’’**  Machado Soledades. Galerías. Otros poemas.

Desnuda está la tierra,  
y el alma aúlla al horizonte pálido  
como loba famélica. ¿Qué buscas,  
poeta, en el ocaso?   ¡Amargo caminar, porque el camino  
pesa en el corazón! ¡El viento helado,  
y la noche que llega, y la amargura  
de la distancia!… En el camino blanco  
algunos yertos árboles negrean;   en los montes lejanos  
hay oro y sangre… El sol murió… ¿Qué buscas,  
poeta, en el ocaso?

Allá, en las tierras altas,   
por donde traza el Duero    
su curva de ballesta   
en torno a Soria, entre plomizos cerros   
y manchas de raídos encinares,   
mi corazón está vagando, en sueños...   
  ¿No ves, Leonor, los álamos del río   
con sus ramajes yertos?   
Mira el Moncayo azul y blanco; dame   
tu mano y paseemos.   
Por estos campos de la tierra mía,   
bordados de olivares polvorientos,   
voy caminando solo,   
triste, cansado, pensativo y viejo.

|  |
| --- |
| autógrafo  Antonio Machado |

### [PARÁBOLA DE LA FELICIDAD DE PÍO BAROJA](http://palomaorozco.blogspot.com.es/2011/03/parabola-de-la-felicidad-de-pio-baroja.html)

A Pío Baroja siempre se le consideró un hombre escéptico, áspero, pesimista y errante, pero el fondo de su alma escondía una ternura infinita y bondadosa.

Ortega y Gasset le vió así: "*un asceto calvo, lleno de bondad y de ternura, que deambula calle Alcalá arriba, calle Alcalá abajo y que aspira a completarse construyendo personajes que se parezcan a su ambición*".

Quiero compartir con vosotros esta Parábola que escribió Baroja, ese hombre-escritor-niño-solitario.

Y una reflexión de Antoine de Saint-Exupéry: **"El sentido de las cosas no está en las cosas mismas, sino en nuestra actitud hacia ellas".**

Espero que os guste esta historia...

Y era en la isla de Ceylán, en el séptimo siglo antes de la venida de Cristo, en la séptima encarnación de mi alma, en el tiempo en que Sakyamouni predicaba por el mundo y enseñaba la Ley, ley de gracia para todos los hombres. Y era en la isla de Ceylán.

Y mi alma triste había encarnado en el cuerpo de un paria.

En los momentos de descanso, tras de las rudas faenas, un compañero, esclavo como nosotros, leía las plegarias y los himnos santos, santos himnos que escribieron el solitario de la familia de los Sakyas y sus discípulos.

Y yo oía las sentencias de Buda, pero no meditaba en el dolor, ni en la muerte, ni en la tristeza, ni en la miseria de las alegrías del hombre; meditaciones que abren al asceta las puertas de la misteriosa ciudad del Nirvana, en donde se es sin ser, y en donde se duerme el eterno sueño del aniquilamiento; lejos, muy lejos de las miserias y de las torpezas del mundo, en los dominios de la paciencia y del reposo, fuera del ingrato océano de la creación dolorosa.

Y mi corazón estaba turbado por la vanidad y mis ojos no veían la luz en el camino. Porque amaba los goces de la vida, falsos como el eco de las cavernas y como las sombras reflejadas en los ríos, y quería apurar la copa del placer, que es tan solo receptáculo del dolor y de la liviandad.

Y el espíritu, inspirador de los deseos y de las pasiones, me infundió el entusiasmo por la aborrecible existencia.

“¿Qué necesito –pensé– para encontrar la dicha? Ser libre; la libertad basta para mi dicha”.

Y fui libre, y me acosó la miseria, y viví desgraciado años y años.

Y no encontré la dicha.

“¡Oh! –pensé entonces–. ¡Qué engaño el mío! No basta la libertad para ser dichoso. Se necesita también la riqueza”.

Un día me encontré dueño de una fortuna considerable, y vi satisfechos sin esfuerzos mis necesidades y mis deseos.

Y no encontré la dicha.

“¿De qué me vale la riqueza –dije después– si mis mayores ambiciones no puedo satisfacerlas? ¡Oh! Si yo fuera poderoso”.

Y fui poderoso y tuve un país bajo mi dominio y esclavos y elefantes gigantescos y carros de oro y jardines colgantes, y mujeres adornadas con piedras preciosas.

Y no encontré la dicha.

Y cuando el poderío se me hizo repulsivo, quise ser sabio, y estudié en Egipto, en Babilonia, en Persia y en Caldea: Y medía la distancia de los astros, y calculé las alturas del sol. Y vi que *en la mucha sabiduría hay mucha molestia y que quien añade ciencia añade dolor*.

Y no encontré la dicha.

Y recorrí el mundo, hasta las tierras del Extremo Occidente, y vi las grandes y fastuosas ciudades del Mediterráneo, cuna de los más refinados placeres.

Y no encontré la dicha.

Y, resignado, volví a la isla de Ceylán, y volví a ser paria y volví a sufrir, y esperé tranquilo la hora de la muerte, la dulce hora de perder la personalidad en el crepúsculo del pasado y de fundirme en la augusta inconsciencia, como un rayo de sol en las masas azules de los mares.

Hay en los libros de Zaratustra y en las sentencias del hebreo Jesús Ben Sirach parábolas más profundas y de más sutil enseñanza; pero de cierto os digo que a vosotros, cuyo corazón está turbado por la vanidad y cuyos ojos están cegados por el orgullo, os puede ser útil para la salud de vuestra alma la historia de esta vida, séptima encarnación de mi espíritu en el cuerpo de un esclavo, en la isla de Ceylán.

**MIGUEL DE UNAMUNO HACIA EL ESCORIAL**

Vacaciones de Semana Santa, siete días de asueto; a correr y a ver tierras, a orear los pulmones, la vista y el ánimo, a seguir conociendo España, abrazando su cuerpo. Fin de la salida El Escorial, pero por camino largo, tomándolo a sorbos, poco a poco, a modo de quien lo saborea.

Primera parada en Medina la del Campo, la ya antigua conocida, la de la famosa feria secular, aquella en que dio su último suspiro la reina católica, Isabel la Grande.

Allí se alza la ruina del castillo de la Mota, donde entregó aquella mujer extraordinaria su alma magnánima a Dios. Se alza el torreón hecho jirones y a la caída de la tarde remontaba desde él al cielo de ocaso su vuelo una bandada de grajos. Los baluartes se van desnudando de su recubrimiento de ladrillo. Y aquella masa ingente donde sedictó aquel famoso testamento de Isabel la Católica, aquel en que dícese se habla de nuestra misión en África, mira al cielo con una inmensa resignación. Y una inmensa resignación desciende del castillo y se esparce por la llanura toda donde apunta el verde de las mieses.

Lugar el más santo para meditar en lo que pasa y en lo que queda, en la España temporal y en la España eterna, allí, junto al castillo de donde voló desde la España terrena a la celestial aquella alma de mujer fuerte. Alma de mujer, pero de mujer entera y varonil, como el alma de la patria que hizo, alma también de varona. Y otra varona, Teresa de Jesús, expresó un siglo después sus eternas ansias.

Érame  una  antigua  obsesión  la de visitar la ciudad de Olmedo. Atraíame a ella aquella parte de muralla, vestida de saúcos y plantas  trepadoras,  que al correr el tren se divisa. ¡Porque eso de ver al pasar un viejo pueblo, relicario de recuerdos, que duerme al sol guardado por sus murallas!... ¿Qué habrá allí dentro? ¡Y luego el prestigio histórico! Veníamos de Medina la del Campo, de junto a aquel castillo en que la gran Isabel muriera: íbamos a Olmedo, donde se dio la batalla a que debiera el trono. (…)

El camino de Medina del Campo a Olmedo, más de veinte kilómetros, lo hicimos casi todo él a pie, parte en un carro de unos trajinantes en vino. Dejábamos atrás, destacándose sobre el cielo de la tarde, la mole del castillo de la Mota. A un lado y otro tierras de pan llevar, luego un pinar que atravesamos, una pequeña revuelta del camino para atravesar un río, el Adaja, el río de Ávila, que ofrece de pronto una rinconada de melancólico recogimiento, y altrasponer una cuesta las murallas de Olmedo y sus torres derritiéndose en la luz del atardecer.

Por una puerta de la muralla entramos en el pueblo. Uno de esos espaciosos pueblos castellanos, abiertos, claros, llenos de luz, llenos de anchura, con vastas plazas al pie de una iglesia de ladrillo que abriga tal vez a un álamo centenario, con su gran plaza de arquillos, donde toman el sol y comentan las últimas noticias de los diarios de la tarde los desocupados del pueblo. El vaho por dondequiera de una vida de sosiego, tal vez de modorra, turbada tan sólo de vez en cuando por unas elecciones o por alguna cacicada. (…)

Desde Olmedo fuímonos a Arévalo, otra ciudad isabelina de las que recorría y en que administraba justicia aquella reina andariega. Y este Arévalo fue de los más prontos, dicen, en acudir al llamado del rey de Navarra para batir a los moros en las Navas de Tolosa, por lo que figura en su escudo de armas un caballero saliendo de  un castillo, tal como se ve, entre otras tallas, en piedra, en una graciosísima de la antigua alhóndiga. Y este Arévalo fue de las ciudades que cuando la guerra de Comunidades de Castilla peleó contra los comuneros al lado del emperador, y de Arévalo fue el famoso alcalde Ronquillo.

Se tiende al sol de Castilla Arévalo, y a su cielo eleva las torres de sus iglesias y conventos en la lengua de tierra que forman la confluencia del Adaja con el Arevalillo. Es como en un promontorio, con escarpes pintorescos a los ríos. Y en la punta misma de esa lengua, en la altura que domina el emboque de ambos ríos y los dos puentes, álzanse las ruinas del viejo castillo. Un macizo torreón de piedra que habla de viejos enconos y de los días de la trabajosa fragua de la nacionalidad. Y dentro de las ruinas del castillo, en el recinto de sus desgastados muros las ruinas de un cementerio en que ya no se entierra. (…)

Parecía aquel cementerio abandonado en las ruinas de un castillo una colmena sin abejas. Los nichos abiertos nos miraban.

La ciudad misma todo recuerda menos la muerte. El tópico ese de lo sombrío de los pueblos de Castilla es un embuste. Anchas y muy despejadas plazuelas en que niños, ancianos y adultos toman el sol, la gran plaza del mercado con sus soportales, mucho cielo arriba y mucha luz en el cielo. Y en derredor una vasta campiña de pan llevar, con acá y allá las manchas verdinegras de los pinares, y en el fondo, uniendo la tierra al cielo, la sierra coronada de nieve. Y sube de la tierra una gran serenidad a juntarse con la serenidad grandísima que baja del cielo.

Y vive en estos pueblos una casta a la que se le está calumniando de continuo, una casta serena y cauta que no avanza un pie hasta que tiene bien asentado el otro, una casta sin impaciencias, que progresa paso a paso, sin fiebre progresista, porque no quiere tener que dar pasos atrás, recelosa si queréis, pero segura. Una casta que ha sido víctima de la leyenda y de la contra-leyenda, cuya historia de hoy, de lo que hace, piensa y siente, está tan por rectificar como la historia de su antes de ayer, de lo que hizo, pensó y sintió.

No tenéis, en efecto, sino ver cómo las preocupaciones políticas del pasado siglo enturbiaron la clara visión de la lucha de los comuneros empeñándose en ver en estos nobles turbulentos y sus secuaces a los precursores de los liberales y demócratas de hoy, y en el emperador, que era acaso el verdadero demócrata, una especie de tirano que iba a ahogar libertades populares. Y así ha sido casi toda la historia que se hizo en España bajo la preocupación de las luchas políticas del momento: una traducción, las más de las veces infiel, del pasado al presente del historiador. Y luego fueron los historiadores protestantes los que lograron imponernos en gran parte su tendenciosa y falsificada interpretación de la contrarreforma española, que era una reforma también.

Recorriendo estos viejos pueblos castellanos, tan abiertos, tan espaciosos, tan llenos de un cielo lleno de luz, sobre esta tierra serena y reposada, junto a estos pequeños ríos sobrios, es como el espíritu se siente atraído por sus raíces a lo eterno de la casta.

*Salamanca, abril de 1912.*

**NOVECENTISMO Y VANGUARDIAS**

Retrato del artista adolescenteJames Joyce

Un muchacho vino corriendo hacia ellos a través del cobertizo. Llegaba excitado y sin aliento.

-Anda, Dédalus -gritó-, que Doyle está la mar de enfadado contigo. Tienes que ir inmediatamente a vestirte para la representación. Anda, date prisa.

-Irá cuando le dé la gana -contestó Heron al mensajero, arrastrando desdeñosamente las palabras.

El muchacho se volvió hacia Heron y repitió:

-Es que Doyle está horriblemente enfadado.

-¿Quieres hacer el favor de ofrecer a Doyle mis respetos y decirle que no me toque las narices?

-Bueno, me tengo que ir -dijo Stephen, a quien se le daba muy poco de puntillos de honra.

-Yo que tú no iba -dijo Heron-. ¡Vaya que no! Esas no son maneras de mandar a buscar a uno de los mayores. ¡Que está furioso! Ya es bastante que desempeñes un papel en ese condenado comedión que se trae.

Este puntilloso espíritu de camaradería que había observado últimamente en su rival no lograba apartar a Stephen de sus hábitos de tranquila obediencia. Desconfiaba de la turbulencia y dudaba de la sinceridad de una tal camaradería que le parecía una triste anticipación de la virilidad. El punto de honor suscitado ahora le resultaba tan trivial como todas estas cuestiones. Mientras su imaginación había estado atareada persiguiendo fantasmas intangibles, o dejando de perseguirlos para caer en la irresolución, había estado escuchando constantemente las voces de sus profesores que le excitaban a ser antes que nada un perfecto caballero y un buen católico. Estas voces habían llegado a sonar en sus oídos como palabras vacías. Al abrirse el gimnasio, había oído otra voz que le mandaba ser fuerte, viril y saludable. Y cuando el movimiento a favor de un renacimiento nacional se había comenzado a sentir en el colegio, otra voz le había invitado a ser fiel a su patria y a ayudar a vivificar su lenguaje y sus tradiciones. En lo profano, lo preveía, habría otra voz que le invitaría a reconstruir con su trabajo la derruida hacienda de su padre; y, entre tanto, la voz de sus compañeros le mandaba ser un buen cantarada, encubrirlos en sus faltas, interceder por su perdón y hacer todos los esfuerzos posibles para obtener días de asueto para el colegio. Y era el zumbido vacío de todas estas voces lo que le hacía titubear en la persecución de sus propios fantasmas. Sólo les prestaba atención por algún tiempo, y era feliz cuando podía estar lejos de ellas, fuera del alcance de su llamamiento, solo, o en compañía de sus propios y fantasmales compañeros.

**Juan Ramón Jiménez (*Piedra y cielo*)**

¡Si, cada vez más vivo  
más profundo y más alto ,  
más enredadas las raíces  
Y más sueltas lad alas!  
¡Libertad de lo bien arraigado!  
¡Seguridad del infinito vuelo!

**Juan Ramón Jiménez (*Eternidades*, 1918)**

¡No corras, ve despacio,

que adonde tienes que ir es a ti solo!

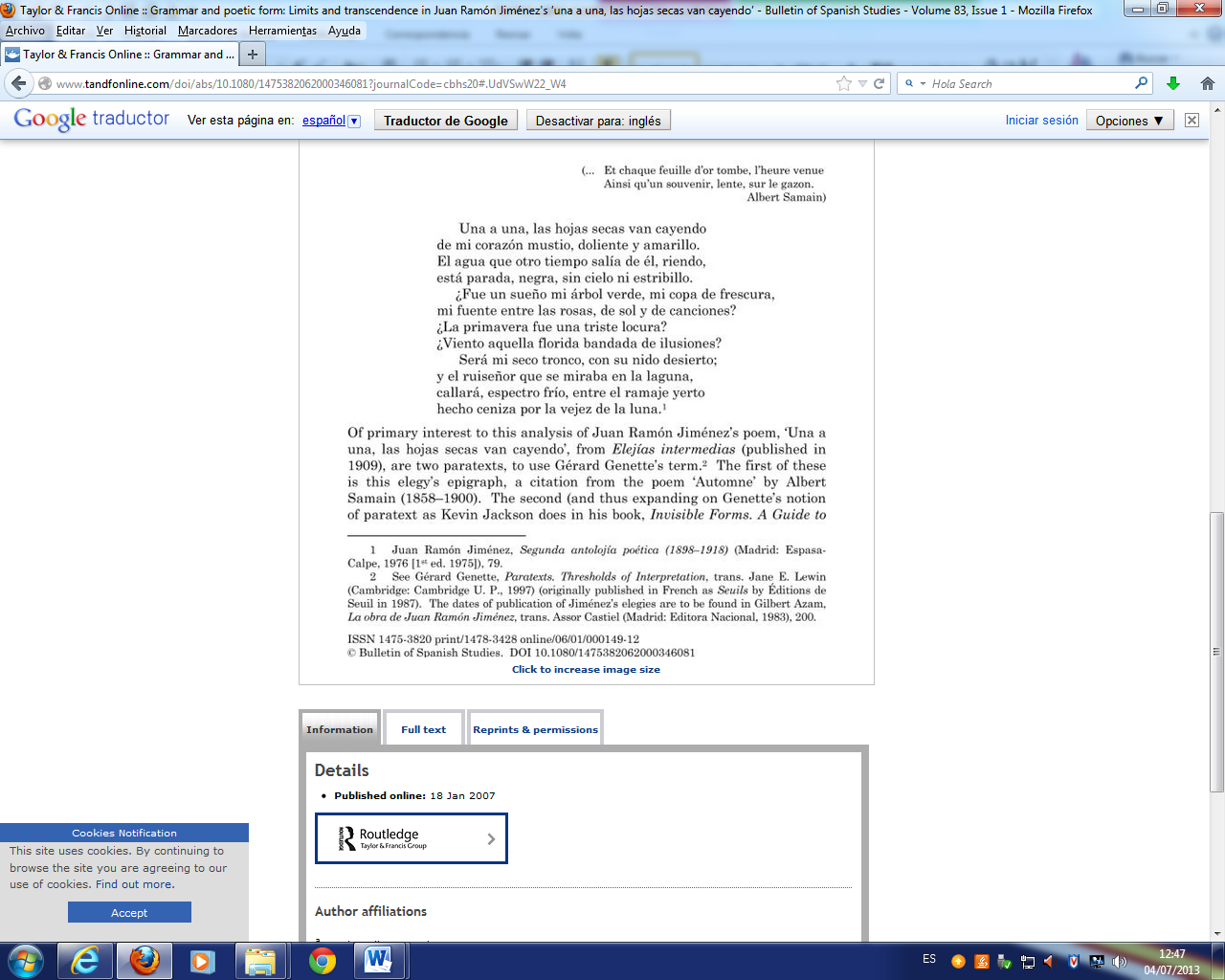
¡Ve despacio, no corras,

que el niño de tu yo, recién nacido

eterno,

no te puede seguir!

**JUAN RAMÓN JIMÉNEZ Elejías**



JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Mi alma ha dejado su cuerpo  
con las rosas, y callada  
se ha perdido en los jardines  
bajo la luna de lágrimas.  
  
Quiso mi alma el secreto  
de la arboleda fantástica;  
llega... el secreto se ha ido  
a otra arboleda lejana.  
  
Y ya, sola entre la noche,  
llena de desesperanza,  
se entrega a todo, y es luna  
y es árbol y sombra y agua.  
  
Y se muere con la luna  
ente luz divina y blanca,  
y con el árbol suspira  
con sus hojas sin fragancia,  
  
y se deslíe en la sombra,  
y solloza con el agua,  
y, alma de todo el jardín,  
sufre con todo mi alma.  
  
Si alguien encuentra mi cuerpo  
entre las rosas mañana  
dirá quizás que me he muerto  
a mi pobre enamorada.

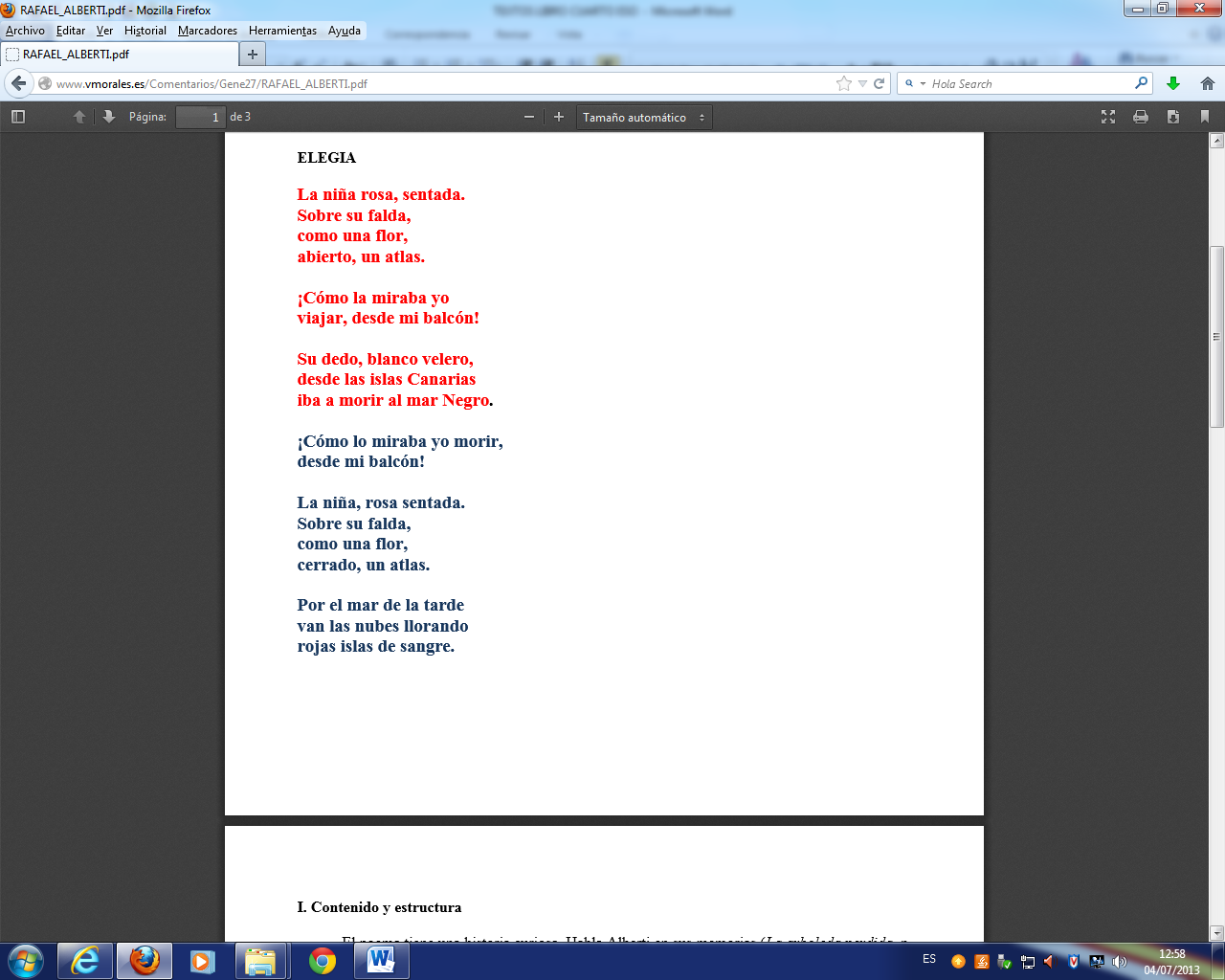
**Juan Ramón Jiménez, Eternidades  
¡Inteligencia, dame  
el nombre exacto de las cosas!  
… Que mi palabra sea  
la cosa misma,  
creada por mi alma nuevamente. 5  
Que por mí vayan todos  
los que no las conocen, a las cosas;  
que por mí vayan todos  
los que ya las olvidan, a las cosas;  
que por mí vayan todos 10  
los mismos que las aman, a las cosas…  
¡Inteligencia, dame  
el nombre exacto, y tuyo,  
y suyo, y mío, de las cosas!**

**LA GENERACIÓN DEL 27**

**Bertolt Brecht: "Terror y Miseria del Tercer Reich"**

**CONTRATACIÓN DE MANO DE OBRA**  
  
*Vienen los que dan trabajo.  
Un hombre es un escarabajo  
Que ellos pinchan sin pudor.  
Ha de fecundar la tierra  
Y su máquina de guerra  
Con su sangre y su sudor.*  
  
Spandau, 1937. Un obrero, al volver a su vivienda, encuentra a su vecina.  
  
  
LA VECINA: Buenas noches, señor Fenn. Quería pedirle prestado a su mujer un poco de pan. Ha salido un instante.  
  
EL HOMBRE: Con mucho gusto, señora Dietz. ¿Qué le parece el empleo que he conseguido?  
  
LA VECINA: Sí, ahora todos tienen trabajo. Está usted en las nuevas fábricas de motores ¿no? ¿Allí fabricarán bombarderos?  
  
EL HOMBRE: Cada vez más y más.  
  
LA VECINA: Los necesitan en España.  
  
EL HOMBRE: ¿Por qué precisamente en España?  
  
LA VECINA: Se dicen tantas cosas sobre lo que se envía allí. Es una vergüenza.  
  
EL HOMRE: Tenga cuidado con lo que dice.  
  
LA VECINA: ¿Está usted también con ellos?  
  
EL HOMBRE: Yo no estoy con nadie. Hago mi trabajo. ¿Dónde se habrá metido Martha?  
  
LA VECINA: Ah, quizá tendría que prepararlo [el pan]. Es posible que sea algo desagradable. Cuando entré, estaba aquí precisamente el cartero, y había dado una carta a su mujer que la había trastornado. Pensé si no sería mejor que pidiera pan a los Schiermann.  
  
EL HOMBRE: Vaya. (*Llama*) ¡Martha!  
  
Entra su mujer. De luto.  
  
EL HOMBRE: ¿Qué te pasa? ¿Quién ha muerto?  
  
LA MUJER: Franz. Ha llegado una carta.  
  
Le da una carta.  
  
LA VECINA: ¡Santo Cielo! ¿Qué le ha pasado?  
  
EL HOMBRE: Ha sido un accidente.  
  
LA VECINA: (*Desconfiada.*) ¿Era aviador, no?  
  
EL HOMBRE: Sí.  
  
LA VECINA: ¿Y tuvo un accidente?  
  
EL HOMBRE: En Stettin [Pomenaria Occidental, actual Polonia]. En un ejercicio nocturno en el campo de maniobras, dice aquí.  
  
LA VECINA: ¡No ha sido un accidente! No me pueden venir con esa historia.  
  
EL HOMBRE: Sólo le digo lo que dice aquí. La carta es del Estado Mayor del Campo.  
  
LA VECINA: ¿Y él les escribía ultimamente? ¿De Stettin?  
  
EL HOMBRE: No te pongas así Martha [de luto]. No sirve de nada.  
  
LA MUJER: No, lo sé.  
  
LA VECINA: Era tan simpático su hermano. ¿Les preparo café?  
  
EL HOMBRE: Sí, si no le importa señora Dietz...  
  
LA VECINA: (*Buscando un caharro.*) Una cosa así es siempre de golpe.  
  
LA MUJER: Puedes lavarte tranquilamente, Herbert. A la señora Dietz no le importará.  
  
EL HOMBRE: Para eso hay tiempo.  
  
LA VECINA: ¿Y él les escribía desde Stettin?  
  
EL HOMBRE: Sus cartas venían siempre de Stettin.  
  
LA VECINA: (*Mirándolo significativamente.*) Ah, ¿Pero estaría en el Sur?  
  
EL HOMBRE: ¿Cómo que en el Sur?  
  
LA VECINA: Lejos, en el Sur, en la hermosa España.  
  
EL HOMBRE: (*Al ver que su mujer vuelve a sollozar.*) ¡Cálmate, Martha! No debería hablar así, señora Dietz.  
  
LA VECINA: Sólo quisiera saber qué dirían en Stettin si fuera usted a buscar el cadáver de su cuñado.  
  
EL HOMBRE: No iré a Stettin.  
  
LA VECINA: Todo lo tapan muy bien. Consideran una heroicidad que no se sepa nada. Uno de la alcaldía se jactaba de lo inteligentemente que ocultan su guerra. Cuando derriban a un bombardero de esos y los de dentro saltan en paracaídas, los de los otros bombarderos les disparan en el aire con ametralladoras, a los suyos, para que no puedan decir a los rojos [los Republicanos españoles] de donde vienen [Alemania].  
  
LA MUJER: (*Poniéndose mala.*) Dame agua, Herbert, quieres, me siento muy mal.  
  
LA VECINA: La verdad es que no quería trastornarla más, pero ¡cómo lo tapan todo! Saben muy bien que es un crimen y que tienen que ocultar su guerra. Incluso aquí. ¡Un accidente en unos ejercicios! ¿Qué ejercicios? ¡Ejercicios de guerra!  
  
EL HOMBRE: Por lo menos no hable tan fuerte. (*A su mujer.*) ¿Te sientes mejor?  
  
LA VECINA: También usted es de los que callan como un muerto ¡En esa carta tiene la prueba!  
  
EL HOMBRE: ¿Quiere callarse de una vez?  
  
LA MUJER: ¡Herbert!  
  
LA VECINA: Sí, ¡qué me calle de una vez! ¡Porque ha encontrado trabajo! ¡Pero su cuñado también! Precisamente ha tenido un "accidente" con una cosa de esas que producen en la fábrica de motores.  
  
EL HOMBRE: Eso es demasiado, señora Dietz. ¡Dice que trabajo en cosas de esas! ¿Y en qué trabajan los otros? ¿En qué trabaja su marido? ¿En lámparas, no? ¿Y eso no es para la guerra? ¡Es sólo para iluminación! Pero ¿para qué es la iluminación? ¿Qué es lo que ilumina? ¿Se iluminan los tanques? ¿O los buques de guerra? ¿O una cosa de esas? ¡Él sólo hace lámparas! Dios Santo, ¡no hay nada ya que no sea para la guerra! ¿Dónde voy a encontrar trabajo si me digo: ¡pero que no sea para la guerra!? ¿Tendré que morirme de hambre?  
  
LA VECINA: (*Apocada.*) Yo no digo que tenga que morirse de hambre. Naturalmente que tiene que aceptar el trabajo. Hablo sólo de esos criminales. ¡Es una bonita contratación de mano de obra!  
  
EL HOMBRE: (*Seriamente.*) Y tú tampoco debes andar por ahí de negro. No les gusta.  
  
LA VECINA: Lo que no les gustan son las preguntas que hacen.  
  
LA MUJER: (*Tranquila.*) ¿Crees que debo quitarme el luto?  
  
EL HOMBRE: Sí. Si no, me quedaré sin trabajo en seguida.  
  
LA MUJER: Pues no me lo quitaré.  
  
EL HOMBRE: ¿Qué quieres decir?  
  
LA MUJER: Que no me lo quitaré. Mi hermano ha muerto. Llevaré luto por él.  
  
EL HOMBRE: Si no tuvieras ese vestido, porque lo compró Rosa cuando murió mi mdre, no podrías vestirte de luto.  
  
LA MUJER: (*Chillando.*) ¡Nadie me impedirá que lleve luto! Si ellos lo han sacrificado, yo debo poder llorar al menos. ¡Nunca ha habido nada parecido! ¡Nunca se ha visto en el mundo algo tan inhumano! ¡Son unos verdaderos criminales!  
  
LA VECINA: (*Mientras el hombre, mudo de espanto, sigue sentado*.) ¡Señora Fenn!  
  
EL HOMBRE: (*Roncamente*.) Si hablas así, nos pasará algo peor que perder mi puesto.  
  
LA MUJER: ¡Que se me lleven! También tienen campos de concentración para mujeres. ¡Que me metan en uno, porque a mí no me da igual que maten a mi hermano! ¿Qué se les ha perdido en España?   
  
EL HOMBRE: ¡Deja de hablar de España!  
  
LA VECINA: ¡Se va a buscar un disgusto, señora Fenn!  
  
LA MUJER: ¿Vamos a tener que callar para que no te quiten el puesto? ¿Porque moriremos si no fabricamos sus bombarderos? ¿Y para morirnos luego de todos modos? ¿Como Franz? A él también le han buscado un puesto. A un metro bajo tierra. ¡También aquí hubiera podido tener ese puesto!  
  
EL HOMBRE: (*Quiere cerrarle la boca.*) ¡Cállate! ¡Eso no sirve de nada!  
  
LA MUJER: ¿Qué sirve entonces? ¡Haz algo que sirva!  
  
**Bertolt Brecht: "Terror y Miseria del Tercer Reich"**

**ALBERTI ELEGÍA DE MARINERO EN TIERRA**



### Romance Sonámbulo Federico García Lorca

### Verde que te quiero verde.

Verde viento. Verdes ramas.

El barco sobre la mar

y el caballo en la montaña.

Con la sombra en la cintura

ella sueña en su baranda,

verde carne, pelo verde,

con ojos de fría plata.

Verde que te quiero verde.

Bajo la luna gitana,

las cosas la están mirando

y ella no puede mirarlas.

Verde que te quiero verde.

Grandes estrellas de escarcha,

vienen con el pez de sombra

que abre el camino del alba.

La higuera frota su viento

con la lija de sus ramas,

y el monte, gato garduño,

eriza sus pitas agrias.

¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde?

Ella sigue en su baranda,

verde carne, pelo verde,

soñando en la mar amarga.

--Compadre, quiero cambiar

mi caballo por su casa,

mi montura por su espejo,

mi cuchillo por su manta.

Compadre, vengo sangrando,

desde los puertos de Cabra.

--Si yo pudiera, mocito,

este trato se cerraba.

Pero yo ya no soy yo,

ni mi casa es ya mi casa.

--Compadre, quiero morir,

decentemente en mi cama.

De acero, si puede ser,

con las sábanas de holanda.

¿No ves la herida que tengo

desde el pecho a la garganta?

--Trescientas rosas morenas

lleva tu pechera blanca.

Tu sangre rezuma y huele

alrededor de tu faja.

Pero yo ya no soy yo,

ni mi casa es ya mi casa.

--Dejadme subir al menos

hasta las altas barandas,

¡dejadme subir!, dejadme

hasta las verdes barandas.

Barandales de la luna

por donde retumba el agua.

Ya suben los dos compadres

hacia las altas barandas.

Dejando un rastro de sangre.

Dejando un rastro de lágrimas.

Temblaban en los tejados

farolillos de hojalata.

Mil panderos de cristal

herían la madrugada.

Verde que te quiero verde,

verde viento, verdes ramas.

Los dos compadres subieron.

El largo viento dejaba

en la boca un raro gusto

de hiel, de menta y de albahaca.

--¡Compadre! ¿Dónde está, dime?

¿Dónde está tu niña amarga?

¡Cuántas veces te esperó!

¡Cuántas veces te esperara,

cara fresca, negro pelo,

en esta verde baranda!

Sobre el rostro del aljibe

se mecía la gitana.

Verde carne, pelo verde,

con ojos de fría plata.

Un carámbano de luna

la sostiene sobre el agua.

La noche se puso íntima

como una pequeña plaza.

Guardias civiles borrachos

en la puerta golpeaban.

Verde que te quiero verde,

verde viento, verdes ramas.

El barco sobre la mar.

Y el caballo en la montaña.

### Tierra Nativa Luis Cernuda

Es la luz misma, la que abrió mis ojos  
Toda ligera y tibia como un sueño,  
Sosegada en colores delicados  
Sobre las formas puras de las cosas.  
El encanto de aquella tierra llana,  
Extendida como una mano abierta,  
Adonde el limonero encima de la fuente  
Suspendía su fruto entre el ramaje.  
El muro viejo en cuya barda abría  
A la tarde su flor azul la enredadera,  
Y al cual la golondrina en el verano  
Tornaba siempre hacia su antiguo nido.  
El susurro del agua alimentando,  
Con su música insomne en el silencio,  
Los sueños que la vida aún no corrompe,  
El futuro que espera como página blanca.  
Todo vuelve otra vez vivo a la mente.  
Irreparable ya con el andar del tiempo,  
Y su recuerdo ahora me traspasa  
El pecho tal puñal fino y seguro.  
Raíz del tronco verde, ¿quién la arranca?  
Aquel amor primero, ¿quién lo vence?  
Tu sueño y tu recuerdo, ¿quién lo olvida,  
Tierra nativa, más mía cuanto más lejana?

***Miguel Hernández***

***Cancionero y romancero de ausencias, 1942***

Por eso las estaciones  
saben a muerte, y los puertos.  
Por eso cuando partimos  
se deshojan los pañuelos.  
  
Cadáveres vivos somos  
en el horizonte, lejos.

***Miguel Hernández***

***Cancionero y romancero de ausencias, 1942***

Llegó con tres heridas:   
la del amor,   
la de la muerte,   
la de la vida.

Con tres heridas viene:   
la de la vida,   
la del amor,   
la de la muerte.

Con tres heridas yo:   
la de la vida,   
la de la muerte,   
la del amor.

**LA LITERATURA ESPAÑOLA DE POSGUERRA**

CAMUS EL EXTRANJERO

Poco después, el patrón me hizo llamar y de momento me sentí molesto porque pensé que iba a decirme que telefoneara menos y trabajara mejor. No era nada de eso. Me explicó que iba a hablarme de un proyecto todavía muy vago. Tenía la intención de instalar una oficina en París que se ocuparía de sus negocios allí, y directamente, con las grandes compañías, y quería saber si yo estaría dispuesto a ir. Podría así vivir en París y viajar, además, una parte del año. "Usted es joven y tengo la impresión de que es una vida que ha de gustarle." Dije que sí, pero que en el fondo me daba igual. Me preguntó entonces si no me interesaba un cambio de vida. Contesté que no se cambia nunca de vida, que en cualquier caso todas valían lo mismo y que la mía estaba lejos de disgustarme. Pareció descontento, me dijo que nunca respondía directamente, que no tenía ambición y que eso era desastroso en los negocios. Hubiera preferido no decepcionarlo, pero no veía razón alguna para cambiar de vida. Pensándolo bien, no me sentía desgraciado. Cuando era estudiante, tenía yo muchas ambiciones de ese tipo. Luego, cuando tuve que abandonar mis estudios, comprendí muy pronto que todo eso carecía de verdadera importancia.

##### Por la tarde, Marie vino a buscarme y me preguntó si quería casarme con ella. Le dije que me daba igual y que podíamos hacerlo si era su deseo. Me preguntó entonces si la quería. Contesté, como ya había hecho una vez, que nada significaba eso, pero que ciertamente no la quería. «¿Por qué te casarías entonces conmigo?», dijo ella. Le expliqué que la cosa no tenía importancia alguna, pero que si ella lo deseaba podíamos casarnos. Además, era ella la que lo preguntaba y yo me limitaba a responder que sí. Comentó ella que el matrimonio era una cosa seria. Respondí: «No». Se calló un momento y me miró en silencio. Después habló. Quería simplemente saber si yo habría aceptado la misma proposición de otra mujer, a la que hubiese estado unido de igual modo. Dije: «Naturalmente». Se preguntó entonces si ella me amaba a mí, pero yo nada podía decir sobre ese punto. Después de otro momento de silencio, musitó que yo era raro, que sin duda ella me quería por eso, pero que tal vez un día yo le repugnaría por las mismas razones. Como me callaba, porque nada tenía que añadir, me tomó del brazo sonriendo y declaró que quería casarse conmigo. Le dije que lo haríamos cuando quisiera. Le hablé entonces de la propuesta del patrón y Marie me dijo que le gustaría conocer París. Le expliqué que yo había vivido allí tiempo atrás y me preguntó cómo era. Le dije: "Es sucio. Hay palomas y patios oscuros. Las gentes tienen la piel blanca".

MAX AUB CRÍMENES EJEMPLARES

"Si no duermo ocho horas soy hombre perdido; y me tenía que levantar a las siete... Eran las dos y no se marchaban: repantigados en los sillones, tan contentos. Y sabe Dios que no había tenido más remedio que invitarlos a cenar. Y hablaban por los codos, por las coyunturas, a chorros, lanzándose el uno al otro la hebra, enredándola a borbotones, despotricando de cosas insubstanciales, y venga a tomar copas de coñac y otra taza de café. De pronto, a ella se le ocurrió que, un poco más tarde, podríamos tomar unas sopas de ajo. (Mi cocinera tiene reputación.) Yo no podía más. Los invité a cenar porque no tenía más remedio, porque soy una persona bien educada. Llegaron, más o menos puntualmente, a las nueve y media, y eran las dos de la mañana y no tenían trazas de marcharse. Yo no podía apartar mi pensamiento del reloj, porque mirarlo no podía, ya que ante todo está la buena educación. Yo me tenía que levantar a las siete, y si no duermo ocho horas paso todo el día hecho un guiñapo; además lo que decían no me importaba nada, absolutamente nada. Claro está que podía haber procedido como un grosero y haberles dicho de una manera o de otra que se fueran. Pero eso no reza conmigo. Mi mamá, que se quedó viuda joven, me ha inculcado los mejores principios. Lo único que tenía eran ganas de dormir. Lo demás me importaba poco. No es que tuviera mucho sueño: pensaba en el que tendría al día siguiente... Mi educación me impedía simular bostezos, que es medida corriente en personas ordinarias.

Y usted por aquí, y usted por allá... y aquél y el de más allá. El ginrommy, el ajedrez, el poker... Ginger Rogers, Lana Turner, Dolores del Río (odio el cine). El sábado en Cuernavaca (odio Cuernavaca). !Ay, la casa de Acapulco! (en aquel momento odiaba Acapulco), y Mengano perdía tanto y tanto, ¿a usted qué le parece? A usted, a usted, a usted... Y el Presidente, y el ministro, y la ópera (odio la ópera). Y el casimir inglés, don Pedro, la chamba, las llantas.

Y aquél veneno tan parecido de color al coñac...".

DÁMASO ALONSO HIJOS DE LA IRA A PIZCA

Bestia que lloras a mi lado, dime:  
¿Qué dios huraño  
te remueve la entraña?  
¿A quién o a qué vacío  
se dirige tu anhelo,  
tu oscuro corazón?  
¿Por qué gimes, qué husmeas, que avizoras?  
¿Husmeas, di, la muerte?  
¿Aúllas a la muerte,  
proyectada, cual otro can famélico,  
detrás de mí, de tu amo?  
Ay, Pizca,  
tu terror es quizá sólo el del hombre  
que el bieldo enarbolaba,  
o el horror a la fiera  
más potente que tú.  
Tú, sí, Pizca; tal vez lloras por eso.  
Yo, no.

Lo que yo siento es   
un horror inicial de nebulosa;  
o ese espanto al vacío,  
cuando el ser se disuelve, esa amargura  
del astro que se enfría entre lumbreras  
más jóvenes, con frío sideral,  
con ese frío que termina  
en la primera noche, aún no creada;  
o esa verdosa angustia del cometa  
que, antorcha aún, como oprimida antorcha,  
invariablemente, indefinidamente,  
cae,  
pidiendo destrucción, ansiando choque.  
Ah, sí, que es más horrible  
infinito caer sin dar en nada,  
sin nada en que chocar. Oh viaje negro,  
oh poza del espanto:  
y, cayendo, caer y caer siempre.

Las sombras que yo veo tras nosotros,  
tras ti, Pizca, tras mí,  
por las que estoy llorando,  
ya ves, no tienen nombre:  
son la tristeza original,  
son la amargura  
primera,  
son el terror oscuro,  
ese espanto en la entraña  
de todo lo que existe  
(entre dos noches, entre dos simas, entre dos mares),  
de ti, de mí, de todo.  
No tienen, Pizca, nombre, no; no tienen nombre.

CELA LA COLMENA FINAL

Han pasado tres o cuatro días. El aire va tomando cierto color de Navidad. Sobre Madrid, que es como una vieja planta con tiernos tallitos verdes, se oye, a veces, entre el hervir de la calle, el dulce voltear, el cariñoso voltear de las campanas de alguna capilla. Las gentes se cruzan, presurosas. Nadie piensa en el de al lado, en ese hombre que a lo mejor va mirando para el suelo; con el estómago deshecho o un quiste en un pulmón o la cabeza destornillada…

Don Roberto lee el periódico mientras desayuna. Luego se va a despedir de su mujer, de la Filo, que se quedó en la cama medio mala.

– Ya lo he visto, está bien claro. Hay que hacer algo por ese chico, piensa tú. Merecer no se lo merece, pero, ¡despues de todo!

La Filo llora mientras dos de los hijos, al lado de la cama, miran sin comprender: los ojos llenos de lágrimas, la expresión vagamente triste, casi perdida, como la de esas terneras que aún alientan -la humeante sangre sobre las losas del suelo- mientras lamen, con la torpe lengua de los últimos instantes, la roña de la blusa del matarife que las hiere, indiferente como un juez: la colilla en los labios, el pensamiento en cualquier criada y una romanza de zarzuela en la turbia voz.

Nadie se acuerda de los muertos que llevan ya un año bajo tierra.

En las familias se oye decir:

– No olvidaros, mañana es el aniversario de la pobre mamá.

Es siempre una hermana, la más triste, que lleva la cuenta…

Doña Rosa va todos los dias a la Corredera, a hacer la compra, con la criada detrás. Doña Rosa va a la plaza después de haber trajinado lo suyo en el Café; doña Rosa prefiere caer sobre los puestos cuando ya la gente remite, vencida la mañana.

En la plaza se encuentra, a veces, con su hermana. Doña Rosa pregunta siempre por sus sobrinas. Un dia le dijo a doña Visi:

– ¿Y Julita?

– Ya ves.

– ¡A esa chica le hace falta un novio! Otro día -hace un par de días- doña Visi al ver a doña Rosa, se le acercó radiante de alegría!

– ¿Sabes que a la niña le ha salido novio?

– ¿Sí?

¾Sí.

– ¿Y qué tal?

– La mar de bien, hija, estoy encantada.

– Bueno, bueno, que así sea, que no se tuerzan las cosas…

– ¿Y por qué se van a torcer, mujer?

– ¡Qué sé yo! ¡Con el género que hay ahora!

– ¡Ay, Rosa, tú siempre viéndolo todo negro!

– No, mujer, lo que pasa es que a mí me gusta ver venir las cosas. Si salen bien, pues mira, ¡tanto mejor!

– Sí.

– Y si no…

– Si no, otro será, digo yo.

– Sí, si éste no te la desgracia.

DELIBES EL CAMINO

**Miguel Delibes**

***El camino***

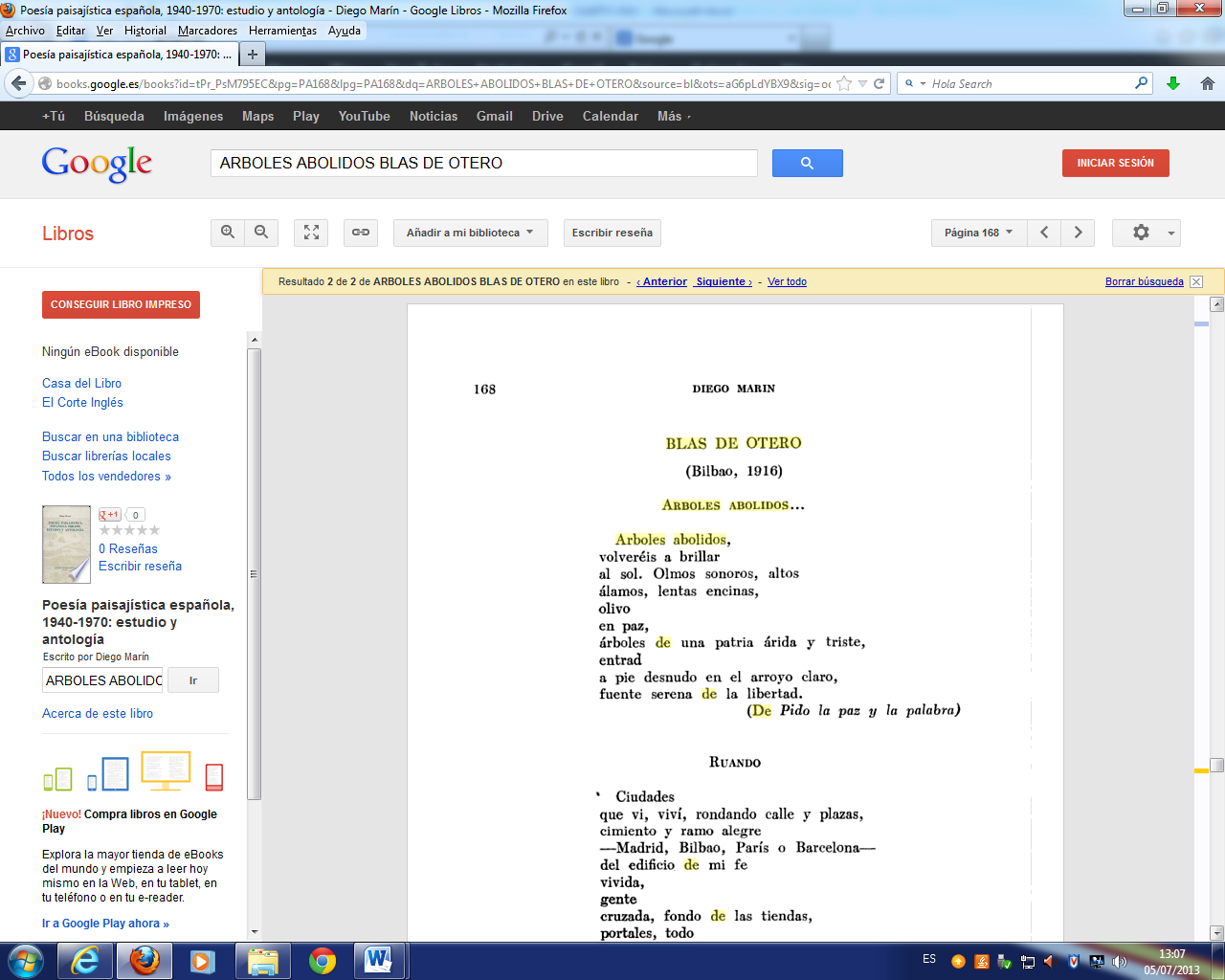
No obstante, el convencimiento de una inmediata separación le desasosegaba, aliviando la fatiga de sus párpados. Dentro de dos horas, quizá menos, él diría adiós al valle, se subiría en un tren y escaparía a la ciudad lejana para empezar a progresar. Y sentía que su marcha hubiera de hacerse ahora, precisamente ahora que el valle se endulzaba con la suave melancolía del otoño y que a Cuco, el factor, acaban de uniformarle con una espléndida gorra roja. Los grandes cambios rara vez resultan oportunos y consecuentes con nuestro particular estado de ánimo.

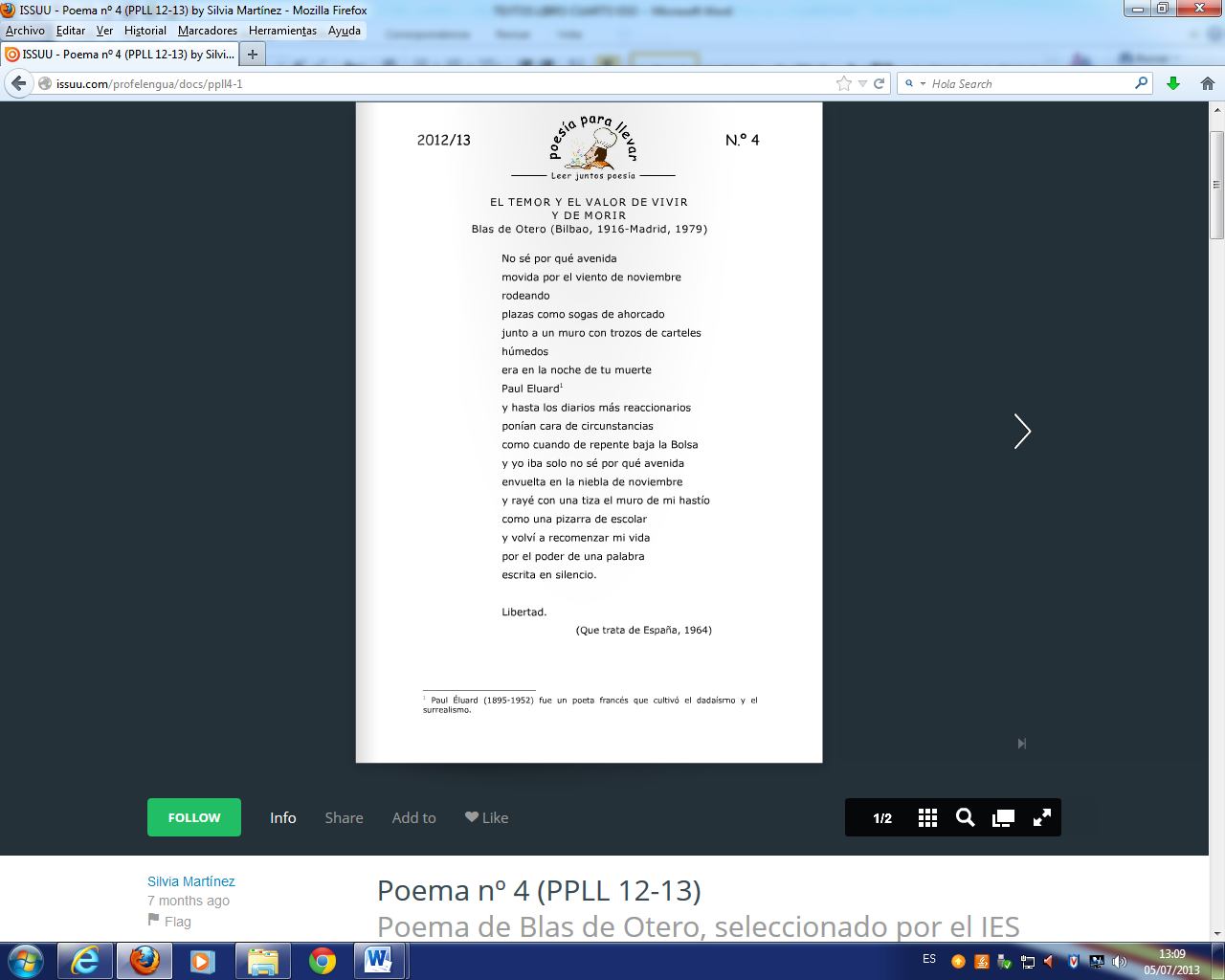
A Daniel, el Mochuelo, le dolía esta despedida como nunca sospechara. Él no tenía la culpa de ser un sentimental. Ni de que el valle estuviera ligado a él de aquella manera absorbente y dolorosa. No le interesaba el progreso. El progreso, en verdad, no le importaba un ardite. Y, en cambio, le importaban los trenes diminutos en la distancia y los caseríos blancos y los prados y los maizales parcelados; y la Poza del Inglés, y la gruesa y enloquecida corriente del Chorro; y el corro de bolos; y los tañidos de las campanas parroquiales; y el gato de la Guindilla; y el agrio olor de las encellas sucias; y la formación pausada y solemne y plástica de una boñiga […]. Sin embargo, todo había de dejarlo por el progreso. Él no tenía aún autonomía ni capacidad de decisión. El poder de decisión le llega al hombre cuando ya no le hace falta para nada; cuando ni un solo día puede dejar de guiar un carro o picar piedra si no quiere quedarse sin comer. ¿Para qué valía, entonces, la capacidad de decisión de un hombre, si puede saberse? La vida era el peor tirano conocido. Cuando la vida le agarra a uno, sobra todo poder de decisión. En cambio, él todavía estaba en condiciones de decidir, pero como solamente tenía once años, era su padre quien decidía por él. ¿Por qué, Señor, por qué el mundo se organizaba tan rematadamente mal?

**LA LITERATURA DEL MEDIO SIGLO: EL REALISMO SOCIAL**

**SAMUEL BECKETT: ESPERANDO A GODOT**

ACTO SEGUNDO Parte Final  
  
(…) El sol se pone; sale la luna. VLADIMIR permanece inmóvil. ESTRAGÓN se despierta, se descalza, se levanta con los zapatos en la mano y los pone ante la batería; va hacia VLADIMIR y lo mira.)  
  
ESTRAGÓN.-¿Qué te pasa?  
VLADIMIR.-No me pasa nada.  
ESTRAGÓN.-Me voy.  
VLADIMIR.-Yo también.  
(Silencio.)  
ESTRAGÓN.-¿Hace mucho tiempo que me he dormido?  
VLADIMIR.-No sé.  
(Silencio.)  
ESTRAGÓN.-¿Adónde iremos?  
VLADIMIR.-No muy lejos.\t  
ESTRAGÓN.-¡No, no, vámonos lejos de aquí!  
VLADIMIR.-No podemos.  
ESTRAGÓN.-¿Por qué?  
VLADIMIR.-Tenemos que volver mañana.  
ESTRAGÓN.-¿Para qué?  
VLADIMIR.-Para esperar a Godot.  
ESTRAGÓN.-Es verdad. (Pausa.) ¿No ha venido?  
VLADIMIR.-No.  
ESTRAGÓN.-Y ahora ya es tarde.  
VLADIMIR. -Sí, es de noche.  
ESTRAGÓN.- ¿Y si no le hiciéramos caso? (Pausa.) ¿Si no le hiciéramos caso?  
VLADIMIR.-Nos castigaría. (Silencio. Mira el árbol.) Sólo el árbol vive.  
ESTRAGÓN.-(Mirando el árbol.) ¿Qué es?  
VLADIMIR.-EI árbol.  
ESTRAGÓN.-Sí, pero ¿de qué clase?  
VLADIMIR.-NO sé. Un sauce.  
ESTRAGÓN.-Vamos a ver. (Lleva a VLADIMIR hacia el árbol y quedan ante él. Silencio.) ¿Y si nos ahorcáramos?  
VLADIMIR. -¿Con qué?  
ESTRAGÓN. -¿No tienes un trozo de cuerda?  
VLADIMIR.-No.  
ESTRAGÓN.-Entonces no podemos.  
VLADIMIR.-Vámonos.  
ESTRAGÓN.-Espera, tenemos mi cinturón.  
VLADIMIR.-ES demasiado corto.  
ESTRAGÓN.-Tú me tiras de las piernas.  
VLADIMIR.-¿Y quién tira de las mías?  
ESTRAGÓN.-ES verdad.  
VLADIMIR.-De todas formas, déjame ver. (ESTRAGÓN se desata la cuerda que sujeta su pantalón. Este, demasiado ancho, se le cae sobre los tobillos. Miran la cuerda.) Yo creo que puede servir. Pero ¿será fuerte?  
ESTRAGÓN.-Vamos a ver. Toma.  
  
(Tiran cada uno de la cuerda. La cuerda se rompe. Están a punto de caer.)  
VLADIMIR.-NO vale.  
  
(Silencio.)  
ESTRAGÓN.-¿Dices que tenemos que volver mañana?  
VLADIMIR.-Sí.  
ESTRAGÓN.-Entonces nos traemos una buena cuerda.  
VLADIMIR.-Eso es.  
  
(Silencio.)  
  
ESTRAGÓN.-Didi.  
VLADIMIR.-¿ Qué?  
ESTRAGÓN.-No puedo continuar así.  
VLADIMIR.-Eso se dice fácilmente.  
ESTRAGÓN.-¿Y si nos separásemos? Quiza nos fuera mejor.  
VLADIMIR.-Mañana nos ahorcaremos. (Pausa) A no ser que venga Godot.  
ESTRAGÓN.-¿Y si viene?  
VLADIMIR.-Estaremos salvados. (Toma su sombrero –el de LUCKY- mira en el interior, pasa la mano, lo sacude y se lo vuelve a poner.)  
ESTRAGÓN. –Entonces, ¿nos vamos?  
VLADIMIR. –Súbete los pantalones.  
ESTRAGÓN. -¿Qué?  
VLADIMIR.-Súbete los pantalones.  
ESTRAGÓN.-¿Que me quite los pantalones?  
VLADIMIR.-Que te los subas.  
ESTRAGÓN.-Es verdad.  
  
(Se sube tos pantalones. Silencio.)  
  
VLADIMIR.-Entonces ¿nos vamos?  
ESTRAGÓN.-Vámonos.  
  
(No se mueven. Telón.)





A LA INMENSA MAYORÍA

Aquí tenéis, en canto y alma, al hombre   
aquel que amó, vivió, murió por dentro   
y un buen día bajó a la calle: entonces   
comprendió: y rompió todos su versos.

Así es, así fue. Salió una noche   
echando espuma por los ojos, ebrio   
de amor, huyendo sin saber adónde:   
a donde el aire no apestase a muerto.

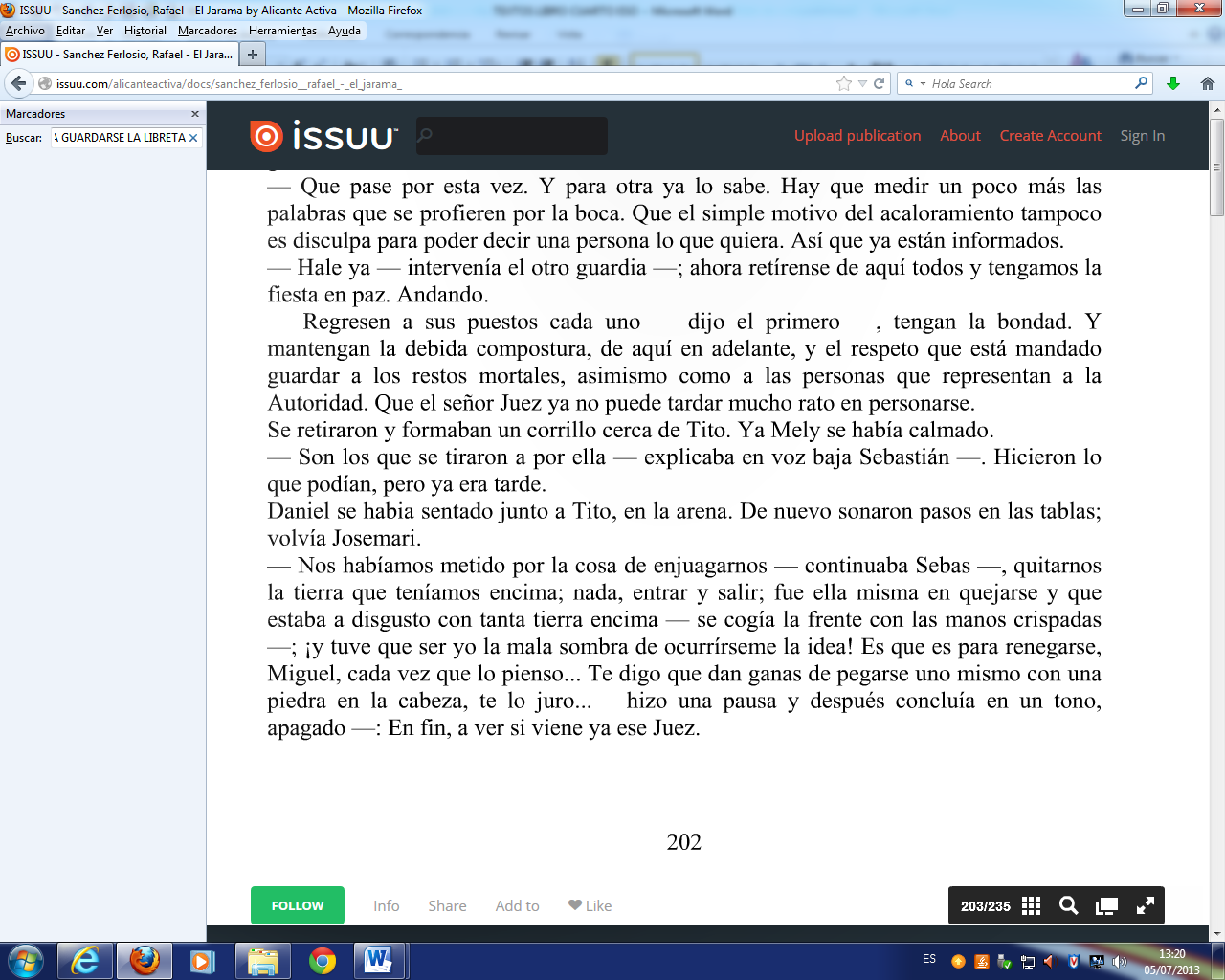
Tiendas de paz, brizados pabellones,   
eran sus brazos, como llama al viento;   
olas de sangre contra el pecho, enormes   
olas de odio, ved, por todo el cuerpo.

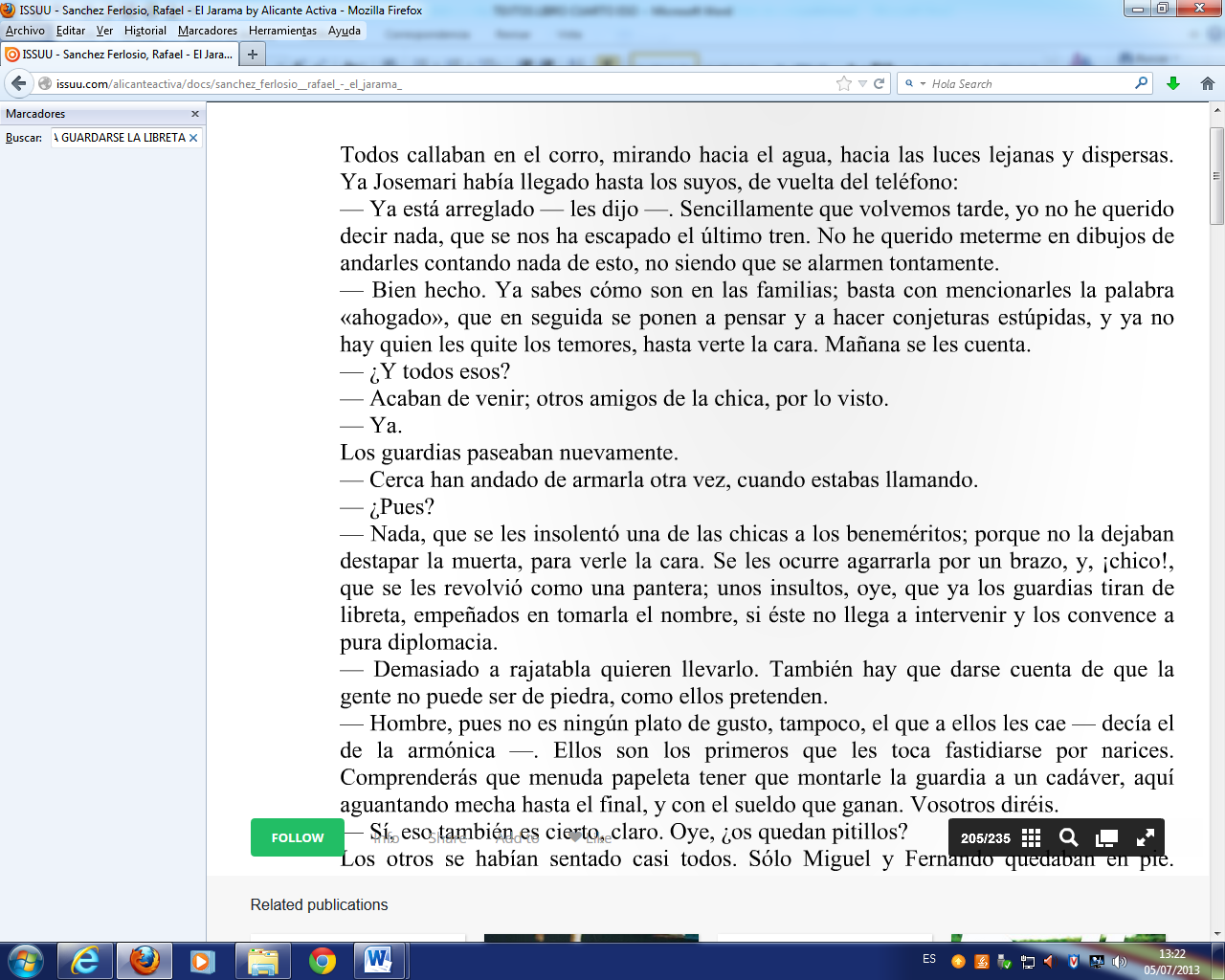
¡Aquí! ¡Llegad! ¡Ay! Ángeles atroces   
en vuelo horizontal cruzan el cielo;   
horribles peces de metal recorren   
las espaldas del mar, de puerto a puerto.

Yo doy todos mis versos por un hombre   
en paz. Aquí tenéis, en carne y hueso,   
mi última voluntad.  Bilbao, a once   
de abril, cincuenta y uno.   
                                              Blas de Otero

|  |
| --- |
| autógrafo  Blas de Otero, 1951 |

RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO EL JARAMA





### *La taberna fantástica* · Alfonso Sastre

*(Tambaleándose llega al vertedero. Busca. Encuentra una gran pizarra medio rota que tiene algo escrito con tiza. Vuelve con ella junto al Badila. Se la muestra.)*

Badila.- ¿Qué es eso?

Caco.- Una pizarra, que será, seguro, de la basura del colegio. Debe valer un rato, casi nueva que está. En la trapería nos darán para copas. Mañana la vendemos, o pasado, o cualquier otro día, que tú estarás vivito y coleando.

*(Pone la pizarra a la luz. Se ven las letras. Con letra inglesa, escolar, dice:*

*MANAÑA SERÁ OTRO DÍA.)*

Badila.- ¿Qué dice ahí?

Caco.- *(Se encoge de hombros.)* Yo no sé leer, majo. Cualquiera sabe lo que dice. Cosas de chavales, seguramente.

Badila.- *(Con súbita tristeza, exclama suspirando.)* ¡Qué pena! ¡Ay, Dios mío, qué pena!

Caco.- ¿Por qué qué pena?

Badila.- ¡Qué pena, qué pena, madre mía! Se me saltan las lágrimas.

Caco.- No llores, Badila, que me vas a hacer llorar a mí. Pórtate como un hombre.

Badila.- ¡ Es que me da pena, y no me aguanto!

Caco.- Pero ¿a qué te refieres, coña?

Badila.- *(Enfadado.)* ¿A qué va a ser, muchacho?

Caco.- *(Fino.)* Explícate, carape.

Badila.- A lo que está a la vista: los defectos de uno.

Caco.- Lo cual que no sé a cuáles te refieres.

Badila.- A no saber ni la A ni la O ni nada.

Caco.- ¡Ahí va qué risa! Tú no sufras por eso.

Badila.- ¿Quién va a sufrir si no? ¿ Mi tía?

Caco.- Mírame a mí, que no las pío ni por eso ni por cualquier otra cosa.

Badila.- Que no sufra, me dices. No me mates.

Caco.- Si se sufre por todo, vaya plan.

Badila.- Estamos ciegos y tú sin enterarte.

Caco.- Eso es faltar y no me gusta. Me cago en algo malo.

Badila.- ¡ No saber descifrar, a ver si no es defecto! ¿Y si es un recado importante que te mandan? Pues te jodes. ¿Y si lo que se lee es diferente de lo que se oye, que todo es una mierda? Pues nosotros, in albis. ¿Qué haces con una carta, si te estorba lo negro? Pincharla en el retrete. Y así todo; que cualquiera te tanga y ni te enteras. No te creas que no es triste la vida *(Hipa.)*, que no es triste aquí solos y con este *(Hipa.)*, frío del carajo, y muriéndole de mala manera, sin pena ni gloria. ¿Y qué es aquello, tú? ¿Son las estrellas o yo veo deficiente?

Caco.- Anda este. ¿No dice las estrellas? Son las ventanitas encendidas del rascacielos. ¡Qué bonito! ¿Verdad? *(Soñador, con el puño en la barbilla, los ojos en blanco, la voz golosa.)* Seguro que a estas horas, allí dentro, los tíos y tías, el que más y el que menos, vamos, digo yo, están poniéndose las botas...

*(Música. Luz sobre el gato negro de escayola y sobre el letreto de la pizarra, el cual, no se        sabe por qué, ahora está escrito con admiraciones:*

*¡¡MAÑANA SERÁ OTRO DÍA!!*

*Va cayendo lentamente el telón y cesando la música.)*

**LA RENOVACIÓN FORMAL DE LOS AÑOS SESENTA**

|  |
| --- |
| Ítaca Constantino Cavafis |
| |  | | --- | | Cuando te encuentres de camino a Ítaca,  desea que sea largo el camino,  lleno de aventuras, lleno de conocimientos.  A los Lestrigones y a los Cíclopes,  al enojado Poseidón no temas, tales en tu camino nunca encontrarás,  si mantienes tu pensamiento elevado, y selecta  emoción tu espíritu y tu cuerpo tienta.  A los Lestrigones y a los Cíclopes, al fiero Poseidón no encontrarás,  si no los llevas dentro de tu alma,  si tu alma no los coloca ante ti.  Desea que sea largo el camino.  Que sean muchas las mañanas estivales  en que con qué alegría, con qué gozo  arribes a puertos nunca antes vistos,  deténte en los emporios fenicios,  y adquiere mercancías preciosas,  nácares y corales, ámbar y ébano,  y perfumes sensuales de todo tipo,  cuántos más perfumes sensuales puedas,  ve a ciudades de Egipto, a muchas,  aprende y aprende de los instruidos.  Ten siempre en tu mente a Ítaca.  La llegada allí es tu destino.  Pero no apresures tu viaje en absoluto.  Mejor que dure muchos años,  y ya anciano recales en la isla,  rico con cuanto ganaste en el camino,  sin esperar que te dé riquezas Ítaca.  Ítaca te dio el bello viaje.  Sin ella no habrías emprendido el camino.  Pero no tiene más que darte.  Y si pobre la encuentras, Ítaca no te engañó.  Así sabio como te hiciste, con tanta experiencia, comprenderás ya qué significan las Ítacas. | |

**‘Del año malo’, de Jaime Gil de Biedma (1929 – 1990) de su obra Poemas póstumos**

Diciembre es esta imagen

de la lluvia cayendo con rumor de tren,

con un olor difuso a carbonilla y campo.

Diciembre es un jardín, es una plaza

hundida en la ciudad,

al final de una noche,

y la visión en fuga de unos soportales.

Y los ojos inmensos

—tizones agrandados—

en la cara morena de una cría

temblando igual que un gorrión mojado.

En la mano sostiene unos zapatos rojos,

elegantes, flamantes como un pájaro exótico.

El cielo es negro y gris

y rosa en sus extremos,

la luz de las farolas un resto amarillento.

Bajo un golpe de lluvia, llorando, yo atravieso,

innoble como un trapo, mojado hasta los cuernos.

**Don de la ebriedad claudio rodríguez**

III

La encina, que conserva más un rayo  
de sol que todo un mes de primavera,  
no siente lo espontáneo de su sombra,  
la sencillez del crecimiento; apenas  
si conoce el terreno en que ha brotado.  
  
Con ese viento que en sus ramas deja  
lo que no tiene música, imagina  
para sus sueños una gran meseta.  
  
Y con qué rapidez se identifica  
con el paisaje, con el alma entera  
de su frondosidad y de mí mismo.  
Llegaría hasta el cielo si no fuera  
porque aún su sazón es la del árbol.  
  
Días habrá en que llegue. Escucha mientras  
el ruido de los vuelos de las aves,  
el tenue del pardillo, el de ala plena  
de la avutarda, vigilante y claro.  
  
Así estoy yo. Qué encina, de madera  
más oscura quizá que la del roble,  
levanta mi alegría, tan intensa  
unos momentos antes del crepúsculo  
y tan doblada ahora. Como avena  
que se siembra a voleo y que no importa  
que caiga aquí o allí si cae en tierra,  
va el contenido ardor del pensamiento  
filtrándose en las cosas, entreabriéndolas,  
para dejar su resplandor y luego  
darle una nueva claridad en ellas.  
  
Y es cierto, pues la encina ¿qué sabría  
de la muerte sin mí? ¿Y acaso es cierta  
su intimidad, su instinto, lo espontáneo  
de su sombra más fiel que nadie? ¿Es cierta  
mi vida así, en sus persistentes hojas  
a medio descifrar la primavera?

|  |
| --- |
| *autógrafo Claudio Rodríguez* |

**LUIS MARTÍN SANTOS TIEMPO DE SILENCIO**

Como en un ensayo de lo que será la existencia el día en que después de la verdadera guerra atómica, los restos de la humanidad resistentes por algún fortuito don a las radiaciones, hayan de instalarse entre las ruinas de la gran ciudad impregnada y comenzar a vivir aprovechando en lo posible los materiales ya inútiles. Así, los habitantes de aquel poblado veían a lo lejos alzarse construcciones de un mundo distinto del que ellos eran excrecencias y parásitos al mismo tiempo. Una dualidad esencial les impedía integrarse como colaboradores o siervos en la gran empresa. Sólo podían vivir de lo que la ciudad arroja: basuras, detritus, limosnas, conferencias de san Vicente de Paúl, cascotes de derribo, latas de conserva vacías, salarios mínimos de peonaje no calificado, ahorros de criadas-hijas fidelísimas. Hacia aquella otra realidad debían encaminarse no obstante todos los días (como sus homólogos aborígenes hacia los campos de caza) y colocándose en los lugares estratégicos cobrar mínimos botines en las escaleras del Metro, en las mercancías desechadas del mercado, en la sopa boba del Auxilio, en la especulación en piedras de mechero. El ciudadano Muecas, bien establecido, veterano de la frontera, notable de la villa, respetado entre sus pares, hombres de consejo, desde las alturas de su fructuoso establecimiento ganadero veía a los que –un trapito alante y otro atrás- pretendían empezar a vivir recién llegados, en pringosos vagones de tercera, desde el lejano país del hambre. Una certidumbre despreciativa permitía encontrar en los rostros de los coreanos la marca de la ignominia y de la raza inferior. Intuitivamente comprendía que aquellos hombres nunca serían capaces -como él- de elevarse a la dignidad de empresario libre que hace negocios contractuales con una auténtica y legal institución científica de la vecina ciudad aún no destruida por la bemba. Adivinaba al ver sus rostros que pronto o tarde aquellos infra-hombres acabarían o simplemente muertos, menguado pasto para los gusanos a través de cualquiera de las complicadas formas del morir hambriento (tuberculosis, escrófula, latirismo, eruptos de sangre, temblor progresiva de los calcañares, dolor de puñalada en el estómago y caer sin haber comido, etc., etc.), o alimentados a expensas del listado no destruido por la bomba en los altos pabellones rojizos de ventanas iguales y pequeñas que desde allí se veían a lo lejos. o regresar humilladamente al país del hambre de donde habían venido y que -ése sí- era radicalmente indestructible por la bomba.

**LA LITERATURA ESPAÑOLA DESDE 1975**

OJOS CZESLAW MILOSZ (1980 PREMIO NOBEL DE LITERATURA)

Mis estimados ojos, no vais nada bien,

Recibo de vosotros un dibujo sin contraste,

Y si es en color, es nebuloso.

Vosotros, que habíais sido una jauría de sabuesos reales.

Con los que antaño partía a la mañana.

Mis ojos cautivos, habíais visto muchos

Países y ciudades, islas y océanos.

Juntos saludábamos grandes amaneceres,

Cuando la respiración amplia invitaba a la carrera

Por los senderos aún húmedos del rocío.

Ahora, lo que habíais visto se halla guardado en mí

Convertido en memoria o en sueños.

Lentamente me alejo de la feria del mundo

Y constato en mí una clase de rechazo

hacia ropajes estúpidos, chillidos, redobles de tambores.

Qué alivio. A solas con mi pensamiento

sobre la semejanza fundamental de la gente

y sobre la semilla menuda de su no-semejanza.

Sin ojos, enfocando la mirada en un punto claro

que se extiende y me abraza.

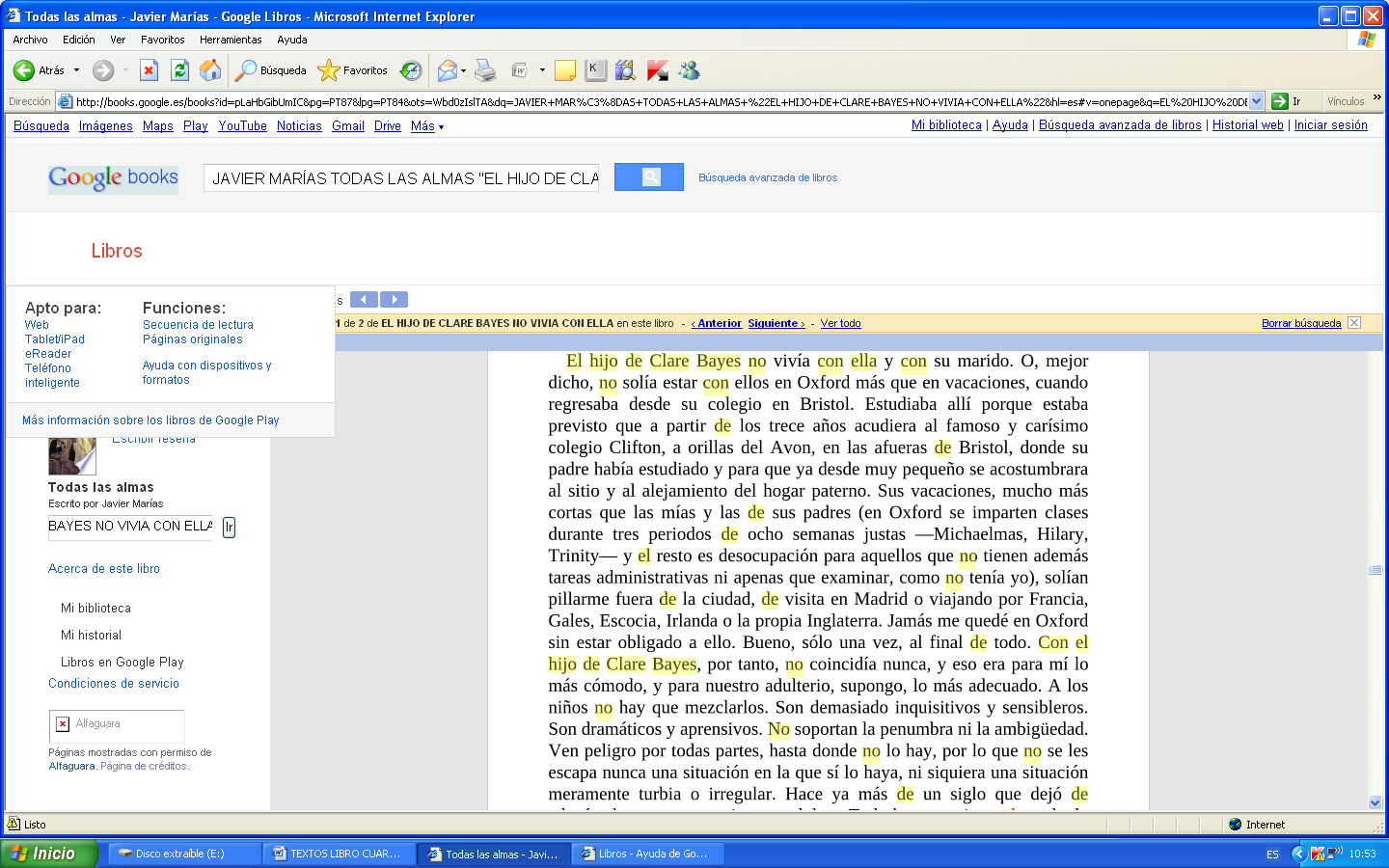
*22.VII.2001*

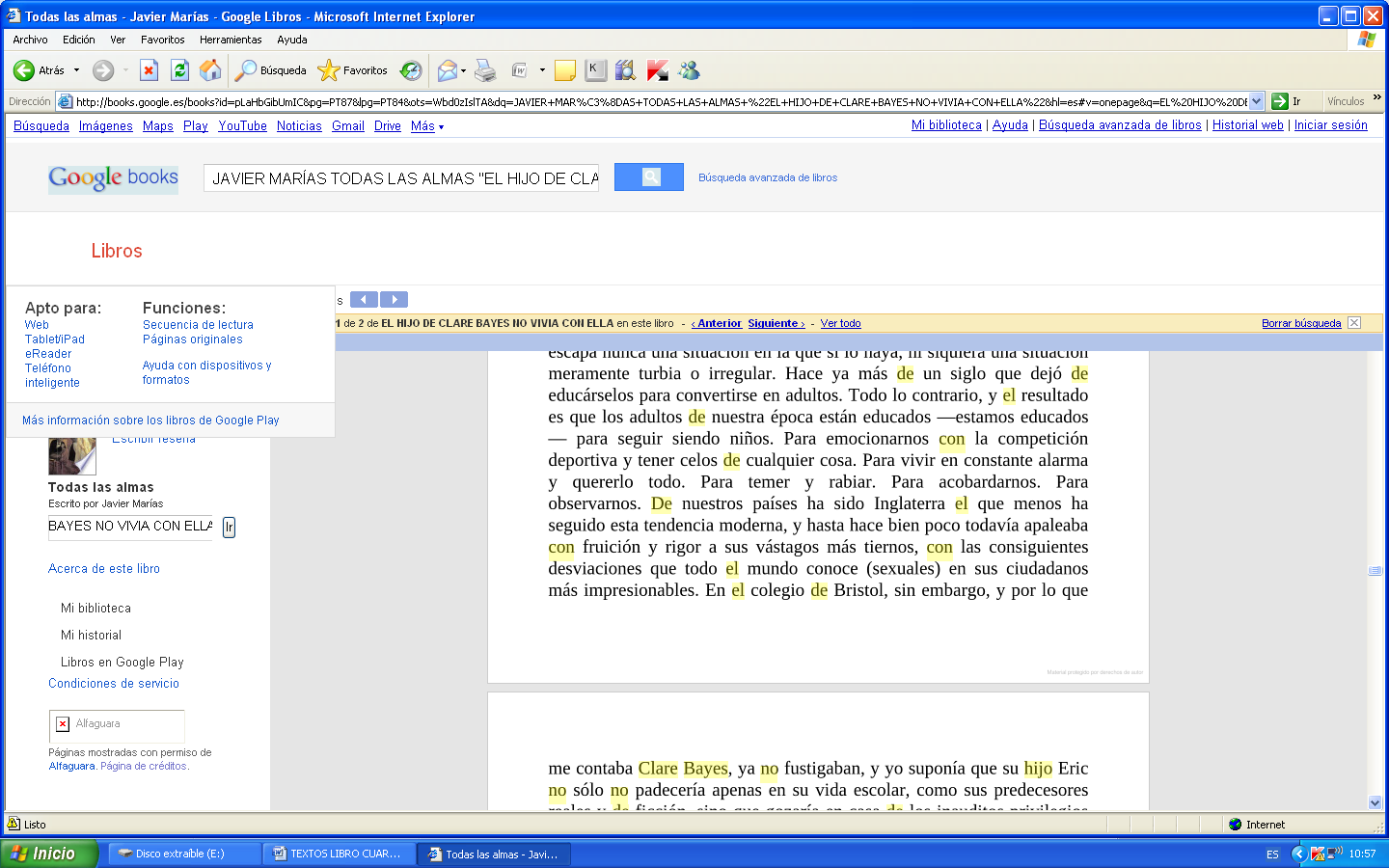
JOSÉ ANGEL VALENTE EL FULGOR

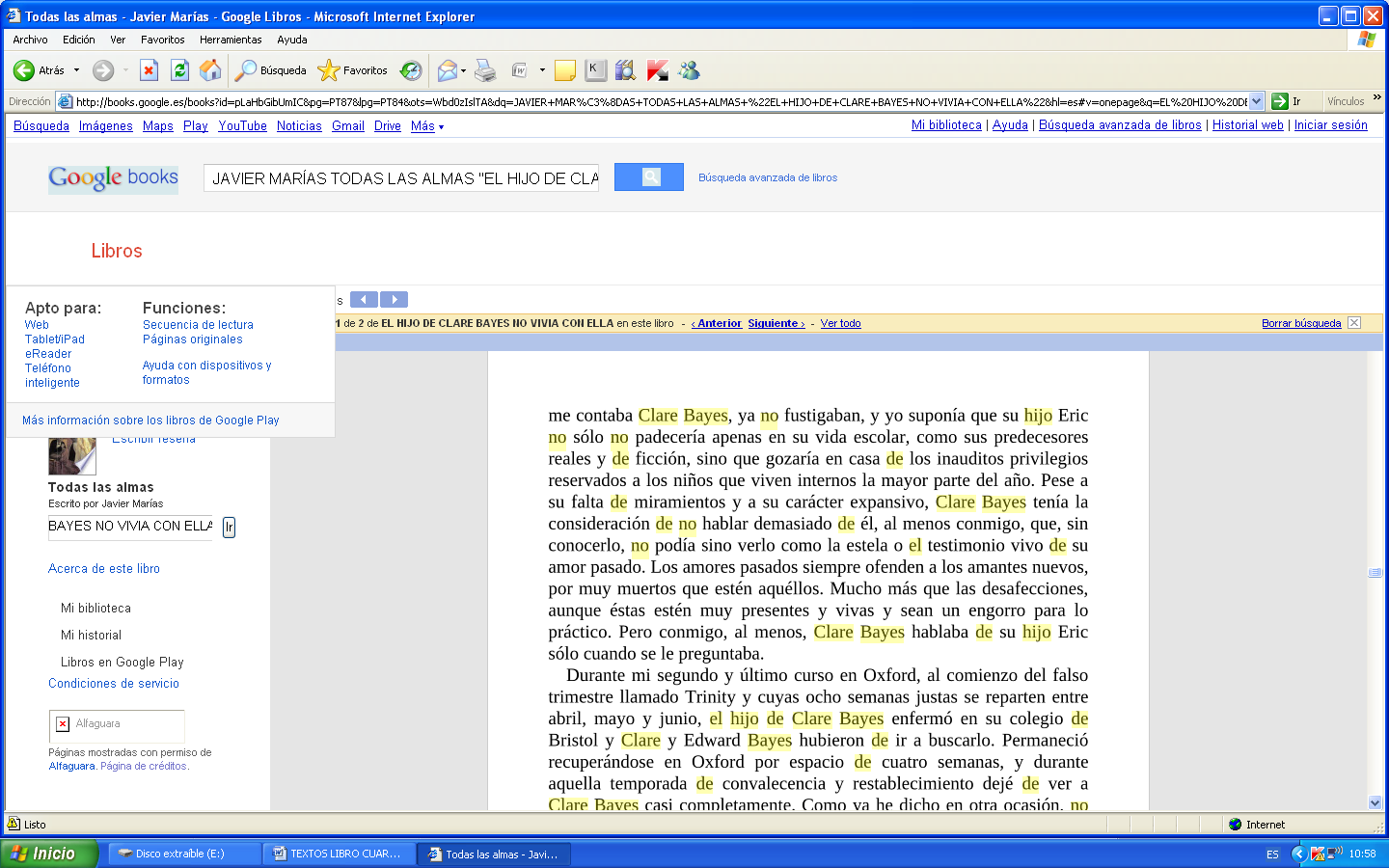
Amanecer.  
La rama tiende  
su delgado perfil  
a las ventanas, cuerpo, de tus ojos.  
Pájaros. Párpados.  
Se posa  
apenas la pupila  
en la esbozada luz.  
Adviene, advienes,   
cuerpo, el día.  
Podría el día detenerse  
en la desnuda rama,  
ser sólo el despertar

JOSÉ ANGEL VALENTE NO AMANECE EL CANTOR

Dedos sobre el tambor, la piel tendida, el aire que se llena de un susurro de huellas dactilares, de comienzos de oír, de oídos o silencios súbitos, plenitud del sonido, el silencio es la pura plenitud del sonido. Acelerada percusión. Los dedos. La llamada del dios. Los dedos solos sobre el puro temblor.







**LA LITERATURA HISPANOAMERICANA DE SIGLO XX**

MACARIO

**Juan Rulfo**  
(México, 1918-1986)  
**Macario**  
Originalmente publicado en la revista *América*  
Nº 48, junio, 1946  
(*El llano en llamas*, 1953)

EStoy sentado junto a la alcantarilla aguardando a que salgan las ranas. Anoche, mientras estábamos cenando, comenzaron a armar el gran alboroto y no pararon de cantar hasta que amaneció. Mi madrina también dice eso: que la gritería de las ranas le espantó el sueño. Y ahora ella bien quisiera dormir. Por eso me mandó a que me sentara aquí, junto a la alcantarilla, y me pusiera con una tabla en la mano para que cuanta rana saliera a pegar de brincos afuera, la apalcuachara a tablazos... Las ranas son verdes de todo a todo, menos en la panza. Los sapos son negros. También los ojos de mi madrina son negros. Las ranas son buenas para hacer de comer con ellas. Los sapos no se comen; pero yo me los he comido también, aunque no se coman, y saben igual que las ranas. Felipa es la que dice que es malo comer sapos. Felipa tiene los ojos verdes como los ojos de los gatos. Ella es la que me da de comer en la cocina cada vez que me toca comer. Ella no quiere que yo perjudique a las ranas. Pero a todo esto, es mi madrina la que me manda a hacer las cosas... Yo quiero más a Felipa que a mi madrina. Pero es mi madrina la que saca el dinero de su bolsa para que Felipa compre todo lo de la comedera. Felipa sólo se está en la cocina arreglando la comida de los tres. No hace otra cosa desde que yo la conozco. Lo de lavar los trastes a mí me toca. Lo de acarrear leña para prender el fogón también a mí me toca. Luego es mi madrina la que nos reparte la comida. Después de comer ella, hace con sus manos dos montoncitos, uno para Felipa y otro para mí. Pero a veces Felipa no tiene ganas de comer y entonces son para mí los dos montoncitos. Por eso quiero yo a Felipa, porque yo siempre tengo hambre y no me lleno nunca, ni aun comiéndome la comida de ella. Aunque digan que uno se llena comiendo, yo sé bien que no me lleno por más que coma todo lo que me den. Y Felipa también sabe eso... Dicen en la calle que yo estoy loco porque jamás se me acaba el hambre. Mi madrina ha oído que eso dicen. Yo no lo he oído. Mi madrina no me deja salir solo a la calle. Cuando me saca a dar la vuelta es para llevarme a la iglesia a oír misa. Allí me acomoda cerquita de ella y me amarra las manos con las barbas de su rebozo. Yo no sé por qué me amarra mis manos; pero dice que porque dizque luego hago locuras. Un día inventaron que yo andaba ahorcando a alguien; que le apreté el pescuezo a una señora nada más por nomás. Yo no me acuerdo. Pero, a todo esto, es mi madrina la que dice lo que yo hago y ella nunca anda con mentiras. Cuando me llama a comer, es para darme mi parte de comida, y no como otra gente que me invitaba a comer con ellos y luego que me les acercaba me apedreaban hasta hacerme correr sin comida ni nada. No, mi madrina me trata bien. Por eso estoy contento en su casa. Además, aquí vive Felipa. Felipa es muy buena conmigo. Por eso la quiero... La leche de Felipa es dulce como las flores del obelisco. Yo he bebido leche de chiva y también de puerca recién parida; pero no, no es igual de buena que la leche de Felipa... Ahora ya hace mucho tiempo que no me da a chupar de los bultos esos que ella tiene donde tenemos solamente las costillas, y de donde le sale, sabiendo sacarla, una leche mejor que la que nos da mi madrina en el almuerzo de los domingos... Felipa antes iba todas las noches al cuarto donde yo duermo, y se arrimaba conmigo, acostándose encima de mí o echándose a un ladito. Luego se las ajuareaba para que yo pudiera chupar de aquella leche dulce y caliente que se dejaba venir en chorros por la lengua... Muchas veces he comido flores de obelisco para entretener el hambre. Y la leche de Felipa era de ese sabor, sólo que a mí me gustaba más, porque, al mismo tiempo que me pasaba los tragos, Felipa me hacia cosquillas por todas partes. Luego sucedía que casi siempre se quedaba dormida junto a mí, hasta la madrugada. Y eso me servía de mucho; porque yo no me apuraba del frío ni de ningún miedo a condenarme en el infierno si me moría yo solo allí, en alguna noche... A veces no le tengo tanto miedo al infierno. Pero a veces sí. Luego me gusta darme mis buenos sustos con eso de que me voy a ir al infierno cualquier día de éstos, por tener la cabeza tan dura y por gustarme dar de cabezazos contra lo primero que encuentro. Pero viene Felipa y me espanta mis miedos. Me hace cosquillas con sus manos como ella sabe hacerlo y me ataja el miedo ese que tengo de morirme. Y por un ratito hasta se me olvida... Felipa dice, cuando tiene ganas de estar conmigo, que ella le cuenta al Señor todos mis pecados. Que iré al cielo muy pronto y platicará con Él pidiéndole que me perdone toda la mucha maldad que me llena el cuerpo de arriba abajo. Ella le dirá que me perdone, para que yo no me preocupe más. Por eso se confiesa todos los días. No porque ella sea mala, sino porque yo estoy repleto por dentro de demonios, y tiene que sacarme esos chamucos del cuerpo confesándose por mí. Todos los días. Todas las tardes de todos los días. Por toda la vida ella me hará ese favor. Eso dice Felipa. Por eso yo la quiero tanto... Sin embargo, lo de tener la cabeza así de dura es la gran cosa. Uno da de topes contra los pilares del corredor horas enteras y la cabeza no se hace nada, aguanta sin quebrarse. Y uno da de topes contra el suelo; primero despacito, después más recio y aquello suena como un tambor. Igual que el tambor que anda con la chirimía, cuando viene la chirimía a la función del Señor. Y entonces uno está en la iglesia, amarrado a la madrina, oyendo afuera el tum tum del tambor... Y mi madrina dice que si en mi cuarto hay chinches y cucarachas y alacranes es porque me voy a ir a arder en el infierno si sigo con mis mañas de pegarle al suelo con mi cabeza. Pero lo que yo quiero es oír el tambor. Eso es lo que ella debería saber. Oírlo, como cuando uno esta en la iglesia, esperando salir pronto a la cal le para ver cómo es que aquel tambor se oye de tan lejos, hasta lo hondo de la iglesia y por encima de las condenaciones del señor cura...: “El camino de las cosas buenas esta lleno de luz. El camino de las cosas malas es oscuro.” Eso dice el señor cura... Yo me levanto y salgo de mi cuarto cuando todavía esta a oscuras. Barro la calle y me meto otra vez en mi cuarto antes que me agarre la luz del día. En la calle suceden cosas. Sobra quien lo descalabre a pedradas apenas lo ven a uno. Llueven piedras grandes y filosas por todas partes. Y luego hay que remendar la camisa y esperar muchos días a que se remienden las rajaduras de la cara o de las rodillas. Y aguantar otra vez que le amarren a uno las manos, porque si no ellas corren a arrancar la costra del remiendo y vuelve a salir el chorro de sangre. Ora que la sangre también tiene buen sabor aunque, eso sí, no se parece al sabor de la leche de Felipa... Yo por eso, para que no me apedreen, me vivo siempre metido en mi casa. En seguida que me dan de comer me encierro en mi cuarto y atranco bien la puerta para que no den conmigo los pecados mirando que aquello está a oscuras. Y ni siquiera prendo el ocote para ver por dónde se me andan subiendo las cucarachas. Ahora me estoy quietecito. Me acuesto sobre mis costales, y en cuanto siento alguna cucaracha caminar con sus patas rasposas por mi pescuezo le doy un manotazo y la aplasto. Pero no prendo el ocote. No vaya a suceder que me encuentren desprevenido los pecados por andar con el ocote prendido buscando todas las cucarachas que se meten por debajo de mi cobija... Las cucarachas truenan como saltapericos cuando uno las destripa. Los grillos no sé si truenen. A los grillos nunca los mato. Felipa dice que los grillos hacen ruido siempre, sin pararse ni a respirar, para que no se oigan los gritos de las animas que están penando en el purgatorio. El día en que se acaben los grillos, el mundo se llenará de los gritos de las ánimas santas y todos echaremos a correr espantados por el susto. Además a mí me gusta mucho estarme con la oreja parada oyendo el ruido de los grillos. En mi cuarto hay muchos. Tal vez haya más grillos que cucarachas aquí entre las arrugas de los costales donde yo me acuesto. También hay alacranes. Cada rato se dejan caer del techo y uno tiene que esperar sin resollar a que ellos hagan su recorrido por encima de uno hasta llegar al suelo. Porque si algún brazo se mueve o empiezan a temblarle a uno los huesos, se siente en seguida el ardor del piquete. Eso duele. A Felipa le picó una vez uno en una nalga. Se puso a llorar y a gritarle con gritos queditos a la Virgen Santísima para que no se le echara a perder su nalga. Yo le unté saliva. Toda la noche me la pasé untándole saliva y rezando con ella, y hubo un rato, cuando vi que no se aliviaba con mi remedio, en que yo también le ayudé a llorar con mis ojos todo lo que pude... De cualquier modo, yo estoy más a gusto en mi cuarto que si anduviera en la calle, llamando la atención de los amantes de aporrear gente. Aquí nadie me hace nada. Mi madrina no me regaña porque me vea comiéndome las flores de su obelisco, o sus arrayanes, o sus granadas. Ella sabe lo entrado en ganas de comer que estoy siempre. Ella sabe que no se me acaba el hambre. Que no me ajusta ninguna comida para llenar mis tripas aunque ande a cada rato pellizcando aquí y allá cosas de comer. Ella sabe que me como el garbanzo remojado que le doy a los puercos gordos y el maíz seco que le doy a los puercos flacos. Así que ella ya sabe con cuánta hambre ando desde que me amanece hasta que me anochece. Y mientras encuentre de comer aquí en esta casa, aquí me estaré. Porque yo creo que el día en que deje de comer me voy a morir, y entonces me iré con toda seguridad derechito al infiemo. Y de allí ya no me sacara nadie, ni Felipa, aunque sea tan buena conmigo, ni el escapulario que me regaló mi madrina y que traigo enredado en el pescuezo... Ahora estoy junto a la alcantarilla esperando a que salgan las ranas. Y no ha salido ninguna en todo este rato que llevo platicando. Si tardan más en salir, puede suceder que me duerma, y luego ya no habrá modo de matarlas, y a mi madrina no le llegará por ningún lado el sueño si las oye cantar, y se llenará de coraje. Y entonces le pedirá a alguno de toda la hilera de santos que tiene en su cuarto, que mande a los diablos por mí, para que me lleven a rastras a la condenación eterna, derechito, sin pasar ni siquiera por el purgatorio, y yo no podré ver entonces ni a mi papá ni a mi mamá que es allí donde están... Mejor seguiré platicando... De lo que más ganas tengo es de volver a probar algunos tragos de la leche de Felipa, aquella leche buena y dulce como la miel que le sale por debajo a las flores del obelisco...

# César Vallejo Masa de su obra España, aparta de mí este cáliz

Al fin de la batalla,   
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre   
y le dijo: «¡No mueras, te amo tanto!»   
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.   
  
Se le acercaron dos y repitiéronle:   
«¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!»   
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.   
  
Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,   
clamando «¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!»   
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.   
  
Le rodearon millones de individuos,   
con un ruego común: «¡Quédate hermano!»   
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.   
  
Entonces todos los hombres de la tierra   
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;   
incorporóse lentamente,   
abrazó al primer hombre; echóse a andar...

**ARTE POÉTICA (Residencia en la Tierra 1) Pablo Neruda**ENTRE sombra y espacio, entre guarniciones y doncellas,   
dotado de corazón singular y sueños funestos,   
precipitadamente pálido, marchito en la frente   
y con luto de viudo furioso por cada día de vida,   
ay, para cada agua invisible que bebo soñolientamente   
y de todo sonido que acojo temblando,   
tengo la misma sed ausente y la misma fiebre fría   
un oído que nace, una angustia indirecta,   
como si llegaran ladrones o fantasmas,   
y en una cáscara de extensión fija y profunda,   
como un camarero humillado, como una campana un poco   
ronca,   
como un espejo viejo, como un olor de casa sola   
en la que los huéspedes entran de noche perdidamente ebrios,   
y hay un olor de ropa tirada al suelo, y una ausencia de flores   
-posiblemente de otro modo aún menos melancólico-,   
pero, la verdad, de pronto, el viento que azota mi pecho,   
las noches de substancia infinita caídas en mi dormitorio,   
el ruido de un día que arde con sacrificio   
me piden lo profético que hay en mí, con melancolía   
y un golpe de objetos que llaman sin ser respondidos   
hay, y un movimiento sin tregua, y un nombre confuso.

|  |
| --- |
| Los dos reyes y los dos laberintos [Cuento. Texto completo.]  Jorge Luis Borges |
| |  | | --- | | Cuentan los hombres dignos de fe (pero Alá sabe más) que en los primeros días hubo un rey de las islas de Babilonia que congregó a sus arquitectos y magos y les mandó a construir un laberinto tan perplejo y sutil que los varones más prudentes no se aventuraban a entrar, y los que entraban se perdían. Esa obra era un escándalo, porque la confusión y la maravilla son operaciones propias de Dios y no de los hombres. Con el andar del tiempo vino a su corte un rey de los árabes, y el rey de Babilonia (para hacer burla de la simplicidad de su huésped) lo hizo penetrar en el laberinto, donde vagó afrentado y confundido hasta la declinación de la tarde. Entonces imploró socorro divino y dio con la puerta. Sus labios no profirieron queja ninguna, pero le dijo al rey de Babilonia que él en Arabia tenía otro laberinto y que, si Dios era servido, se lo daría a conocer algún día. Luego regresó a Arabia, juntó sus capitanes y sus alcaides y estragó los reinos de Babilonia con tan venturosa fortuna que derribo sus castillos, rompió sus gentes e hizo cautivo al mismo rey. Lo amarró encima de un camello veloz y lo llevó al desierto. Cabalgaron tres días, y le dijo: "Oh, rey del tiempo y substancia y cifra del siglo!, en Babilonia me quisiste perder en un laberinto de bronce con muchas escaleras, puertas y muros; ahora el Poderoso ha tenido a bien que te muestre el mío, donde no hay escaleras que subir, ni puertas que forzar, ni fatigosas galerías que recorrer, ni muros que veden el paso." Luego le desató las ligaduras y lo abandonó en la mitad del desierto, donde murió de hambre y de sed. La gloria sea con aquel que no muere.  FIN | |

|  |
| --- |
| Un día de estos [Cuento: Texto completo.]  Gabriel García Márquez |
| |  | | --- | | El lunes amaneció tibio y sin lluvia. Don Aurelio Escovar, dentista sin título y buen madrugador, abrió su gabinete a las seis. Sacó de la vidriera una dentadura postiza montada aún en el molde de yeso y puso sobre la mesa un puñado de instrumentos que ordenó de mayor a menor, como en una exposición. Llevaba una camisa a rayas, sin cuello, cerrada arriba con un botón dorado, y los pantalones sostenidos con cargadores elásticos. Era rígido, enjuto, con una mirada que raras veces correspondía a la situación, como la mirada de los sordos.  Cuando tuvo las cosas dispuestas sobre la mesa rodó la fresa hacia el sillón de resortes y se sentó a pulir la dentadura postiza. Parecía no pensar en lo que hacía, pero trabajaba con obstinación, pedaleando en la fresa incluso cuando no se servía de ella.  Después de las ocho hizo una pausa para mirar el cielo por la ventana y vio dos gallinazos pensativos que se secaban al sol en el caballete de la casa vecina. Siguió trabajando con la idea de que antes del almuerzo volvería a llover. La voz destemplada de su hijo de once años lo sacó de su abstracción.  -Papá.  -Qué.  -Dice el alcalde que si le sacas una muela.  -Dile que no estoy aquí.  Estaba puliendo un diente de oro. Lo retiró a la distancia del brazo y lo examinó con los ojos a medio cerrar. En la salita de espera volvió a gritar su hijo.  -Dice que sí estás porque te está oyendo.  El dentista siguió examinando el diente. Sólo cuando lo puso en la mesa con los trabajos terminados, dijo:  -Mejor.  Volvió a operar la fresa. De una cajita de cartón donde guardaba las cosas por hacer, sacó un puente de varias piezas y empezó a pulir el oro.  -Papá.  -Qué.  Aún no había cambiado de expresión.  -Dice que si no le sacas la muela te pega un tiro.  Sin apresurarse, con un movimiento extremadamente tranquilo, dejó de pedalear en la fresa, la retiró del sillón y abrió por completo la gaveta inferior de la mesa. Allí estaba el revólver.  -Bueno -dijo-. Dile que venga a pegármelo.  Hizo girar el sillón hasta quedar de frente a la puerta, la mano apoyada en el borde de la gaveta. El alcalde apareció en el umbral. Se había afeitado la mejilla izquierda, pero en la otra, hinchada y dolorida, tenía una barba de cinco días. El dentista vio en sus ojos marchitos muchas noches de desesperación. Cerró la gaveta con la punta de los dedos y dijo suavemente:  -Siéntese.  -Buenos días -dijo el alcalde.  -Buenos -dijo el dentista.  Mientras hervían los instrumentos, el alcalde apoyó el cráneo en el cabezal de la silla y se sintió mejor. Respiraba un olor glacial. Era un gabinete pobre: una vieja silla de madera, la fresa de pedal, y una vidriera con pomos de loza. Frente a la silla, una ventana con un cancel de tela hasta la altura de un hombre. Cuando sintió que el dentista se acercaba, el alcalde afirmó los talones y abrió la boca.  Don Aurelio Escovar le movió la cara hacia la luz. Después de observar la muela dañada, ajustó la mandíbula con una cautelosa presión de los dedos.  -Tiene que ser sin anestesia -dijo.  -¿Por qué?  -Porque tiene un absceso.  El alcalde lo miró en los ojos.  -Está bien -dijo, y trató de sonreír. El dentista no le correspondió. Llevó a la mesa de trabajo la cacerola con los instrumentos hervidos y los sacó del agua con unas pinzas frías, todavía sin apresurarse. Después rodó la escupidera con la punta del zapato y fue a lavarse las manos en el aguamanil. Hizo todo sin mirar al alcalde. Pero el alcalde no lo perdió de vista.  Era una cordal inferior. El dentista abrió las piernas y apretó la muela con el gatillo caliente. El alcalde se aferró a las barras de la silla, descargó toda su fuerza en los pies y sintió un vacío helado en los riñones, pero no soltó un suspiro. El dentista sólo movió la muñeca. Sin rencor, más bien con una amarga ternura, dijo:  -Aquí nos paga veinte muertos, teniente.  El alcalde sintió un crujido de huesos en la mandíbula y sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero no suspiró hasta que no sintió salir la muela. Entonces la vio a través de las lágrimas. Le pareció tan extraña a su dolor, que no pudo entender la tortura de sus cinco noches anteriores. Inclinado sobre la escupidera, sudoroso, jadeante, se desabotonó la guerrera y buscó a tientas el pañuelo en el bolsillo del pantalón. El dentista le dio un trapo limpio.  -Séquese las lágrimas -dijo.  El alcalde lo hizo. Estaba temblando. Mientras el dentista se lavaba las manos, vio el cielorraso desfondado y una telaraña polvorienta con huevos de araña e insectos muertos. El dentista regresó secándose las manos. “Acuéstese -dijo- y haga buches de agua de sal.” El alcalde se puso de pie, se despidió con un displicente saludo militar, y se dirigió a la puerta estirando las piernas, sin abotonarse la guerrera.  -Me pasa la cuenta -dijo.  -¿A usted o al municipio?  El alcalde no lo miró. Cerró la puerta, y dijo, a través de la red metálica.  -Es la misma vaina. | |